

QUADERNS de formació

4



**dossier sobre
partit
i lluita pel
socialisme**

edició castellana

edita: convergència socialista de catalunya

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

PRESENTACION

La finalidad de los partidos políticos es representar, defender, ser instrumentos, de los intereses de las distintas clases sociales en el marco de la sociedad capitalista. Los partidos de izquierda, los partidos obreros y populares, son las organizaciones defensoras de los intereses de las clases explotadas y oprimidas.

El presente Quadern de Formació pretende ofrecer un conjunto de materiales sobre algunas de las cuestiones más candentes en torno a los partidos políticos de las clases trabajadoras. Y ello con el ánimo de abrir una reflexión colectiva de los militantes socialistas en la perspectiva de la formación del partido de los socialistas de Catalunya.

La teoría del Partido revolucionario ha constituido tradicionalmente tema de honda preocupación para el movimiento obrero y resulta decisivo para enjuiciar su acción política. Sin duda corresponde al marxismo el mérito de haber concedido al tema una máxima atención, como consecuencia de entender como totalmente necesaria la existencia de un Partido de la clase obrera para que la práctica de esta clase se oriente efectivamente hacia el socialismo. La historia del movimiento obrero desde sus orígenes está indisolublemente ligado al debate en torno a esta cuestión. En un principio, en tiempos de Marx, aparece como un enfrentamiento con bakuninistas, lasallianos y proudhonianos que subestimaban o negaban la necesidad de un partido propio de la clase obrera. Posteriormente, la polémica, lejos de desaparecer, tras la hegemonía de la posición marxista y ya dentro del campo socialista, se recrudece, teniendo como punto álgido la ruptura de la II Internacional y la creación de la III. Durante los últimos años vemos como el tema retoma actualidad. El surgimiento de nuevos P.S., el alejamiento de algunos P.C. respecto a sus esquemas tradicionales y el florecimiento de tendencias de la izquierda comunista son realidades que así lo atestiguan.

No resulta casual que hoy la discusión acerca de la concepción y de las formas del P. revolucionario aparezca con nuevos bríos. La crisis económica; la descomposición de las formas conservadoras de poder en la Europa Occidental; el ascenso de las masas populares en el Tercer Mundo; las derrotas sufridas por el imperialismo yankee, y tantos otros hechos colocan al socialismo como una opción de actualidad. Consecuentemente, el tema del P. se presenta actual y de la mayor relevancia política.

El conjunto de nuevas realidades que conforman hoy las sociedades de capitalismo maduro (extraordinario aumento de las capas de trabajadores no estrechamente obreras, aumento de su nivel de vida y de cultura en relación a las épocas precedentes, incremento sustancial de la capacidad integradora y represiva de los aparatos de Estado modernos, etc.) y su inevitable incidencia en la estrategia de lucha hacia el socialismo (la estrategia insurreccional soviéti-

ca es hoy inaplicable a nuestras sociedades) (1), hacen que la cuestión del P. revolucionario deba plantearse hoy sobre nuevas bases.

La reflexión en torno a la cuestión del (o de los) partidos revolucionarios, de sus estructuras, de sus funciones, del papel que debe desempeñar en el proceso de lucha hacia el socialismo, debe partir, en efecto, de nuevos presupuestos que exigen una total renovación de los esquemas tradicionales y de las opciones tomadas hasta el presente. Renovación y ruptura necesarias por varias razones. Por una parte, porque las respuestas clásicas han originado graves enfermedades en el seno del movimiento obrero (burocratismo, dogmatismo, conversión del P. en un absoluto en vez de ser un mero instrumento al servicio de una causa, conversión del "centralismo democrático" en centralismo sin democracia, etc.) que no hacen sino hipotecar el camino hacia el socialismo. Han dejado sin resolver correctamente en el terreno de la teoría cuestiones fundamentales, como por ejemplo, el tratamiento de la relación entre conciencia revolucionaria y espontaneidad, el sentido de la autonomía de las organizaciones de masas, etc. Y, lo que es más importante, han demostrado en la práctica, total o parcialmente, su incapacidad en lograr el fin para el que inicialmente fueron concebidos, al no poder dar una reapuesta correcta a las nuevas realidades creadas por el desarrollo capitalista.

Por otra parte, porque la evolución de las sociedades capitalistas, del movimiento obrero y de las sociedades llamadas socialistas constituyen una nueva y compleja realidad. La creciente diversificación del aparato estatal, la cada vez mayor importancia de las organizaciones unitarias de masas, la existencia de varios partidos de la clase obrera o la involución de algunas de las sociedades en las que tuvo lugar una revolución proletaria, son algunos aspectos de la misma. Nuevas realidades que no hacen sino plantear la necesidad de nuevas respuestas. El pensamiento y la acción socialistas tienen como tarea el ofrecerlas. Esta exigencia forma parte del proyecto de futuro y de recomposición global del mundo que debemos presentar.

En nuestro país y en el resto del estado, los socialistas, hoy por hoy, somos el más claro exponente de este afán de renovación. Y en la medida que no identificamos la reivindicación de las mejores tradiciones del movimiento obrero en su conjunto con esquemas anclados en el pasado, nos encontramos en óptimas condiciones para estimular la tarea de formular nuevas propuestas en relación a la estructura, funciones y estrategia de los partidos que se reclaman de los trabajadores, al igual que en relación a otros tantos temas cruciales que las fuerzas políticas de izquierda nos planteamos en la hora presente. Al

(1) Sobre la cuestión de la estrategia hacia el socialismo tal como se plantea hoy aparecerá próximamente un "Quadern de formació".

contrario de lo que sucede en otras corrientes obreras, en las que la herencia del pasado se convierte en un pesado fardo, caso del PC, o en las que prevalecen opciones elaboradas en otros tiempos y para otras sociedades, como ocurre en los grupos de izquierda comunista. Unos y otros desdibujan al marxismo, convirtiéndolo en un cuerpo doctrinal y, por lo tanto, cerrado, en lugar de entenderlo como un pensamiento vivo, cambiante y orientado hacia la transformación consciente de la realidad. Pero no olvidemos que esta necesidad, que nosotros expresamos, lo es del conjunto de las fuerzas obreras aunque hoy tan sólo se muestren parcialmente conscientes al respecto.

Es en este marco de renovación, de actualización del pensamiento marxista en relación al P., de elaboración de una nueva estrategia socialista, que situamos la construcción del P. de los socialistas de Catalunya. Porque difícilmente las aspiraciones a que nos hemos referido más arriba podrán ser realmente sintetizadas y orientadas sin un P. que las entienda como un asunto propio. Es por ello que el P. de los socialistas de Catalunya debe ser:

a) Un Partido revolucionario, que sobre la base de la defensa consecuente de los intereses de los trabajadores sitúe todas sus acciones en la perspectiva de la transformación del sistema capitalista y de sus relaciones de producción y en la construcción de un nuevo tipo de sociedad socialista.

b) Un Partido profundamente democrático en sus planteamientos y en su vida interna, para que pueda recoger las distintas opiniones existentes en torno a las opciones socialistas.

c) Un Partido forzosamente amplio que, integrando amplios sectores de los trabajadores más conscientes, esté presente en todos los centros de la vida social y que sea capaz de interpretar y unificar en sus perspectivas las exigencias más profundas de las diversas capas de trabajadores. El P. debe ser capaz de asociar para las transformaciones sociales revolucionarias la mayoría de trabajadores en lucha para aumentar su control sobre las decisiones que les afectan en el ámbito de la sociedad (barrios, municipios, empresas, centros de estudio, etc.)

d) Un Partido descentralizado, que sobre la base de unos mismos principios teóricos, estratégicos y programáticos sea capaz de suscitar creadoramente iniciativas locales y sectoriales y ello tanto en la perspectiva de una mayor eficacia como en la de promover un nuevo tipo de militante socialista.

e) Un Partido con una sólida teoría revolucionaria que se esfuerce en comprender la realidad presente, que no es sólo de explotación económica, si nó también de degradación de las condiciones de vida (urbanismo, polución, sexualidad, consumo, etc.), de dominación, de burocratización, de jerarquización y que sepa comprender las lecciones del pasado para orientar realmente la práctica política de las clases trabajadoras hacia el socialismo.

f) Un Partido que respete profundamente la autonomía de las organizaciones populares (sindicatos obreros, movimientos campesinos, etc.) en tanto

que garantía de una estrategia correcta hacia el socialismo y de un modelo de sociedad socialista libre, pluralista, descentralizada e igualitaria.

g) Un Partido nacional e internacionalista, consciente de que la lucha contra el capitalismo no puede quedar reducida a Catalunya y ni siquiera al Estado Español. La causa de los pueblos explotados, la lucha antiimperialista, es un deber y una necesidad para los socialistas catalanes.

Reflexión, debate, práctica militante y proceso de construcción del P. de los socialistas de Catalunya son distintos aspectos inseparables de un mismo proceso que tiene como finalidad acercar las opciones socialistas y hacerlas reales como liberación de las clases trabajadoras, del hombre y de la sociedad en su conjunto.

La tarea que proponemos debe partir lógicamente del conocimiento de la problemática de la concepción marxista del P. al objeto de evitar los peligros de pragmatismo y eclecticismo. No podemos dar a la intuición carta de naturaleza política. Este dossier pretende justamente ofrecer una general y primera visión de la trayectoria del marxismo respecto a este tema. En un futuro Quadern de formació sobre el mismo tema intentaremos completar y complementar las referencias aquí ofrecidas.

Debemos hacer aquí algunas precisiones.

1/ Por las evidentes limitaciones de este Quadern hemos tenido que hacer una severa -y en cierto modo arbitraria- selección de textos. Es por ello que consideramos imprescindible que el lector proceda a una lectura atenta de los textos que a continuación relacionamos si desea tener un conocimiento básico de la cuestión del Partido.

2/ Frente a las dificultades con que nos hemos encontrado para incluir textos cortos y significativos de Marx, Engels y Lenin sobre el tema (Lenin tiene sobre el P. una teoría acabada pero no sistemática), hemos optado por incluir dos importantes textos de síntesis del pensamiento leninista sobre el partido. El primero es el capítulo "El partido dirigente del proletariado" del libro de Lukacs titulado "Lenin".

Lukacs es uno de los escasos filósofos marxistas partícipes en el movimiento comunista -militante del P.C. de Hungría- que, a pesar de las limitaciones de todo tipo impuestas por el stalinismo, desarrolló una obra teórica amplia -filosofía, política, arte, etc.- y en muchos aspectos original. "Lenin", publicada en 1924, es uno de los más logrados compendios, si bien difícil, del pensamiento leninista. Esta obra, junto a "Historia y conciencia de clase", representa, al mismo tiempo, una interpretación propia del leninismo, en la medida en que sobrevalora, con relación a Lenin, el papel de la conciencia revolucionaria. La III Internacional en su V Congreso -1925- criticó a Lukacs por las concepciones "idealistas" expresadas en estas obras y le obligó a realizar una autocrítica, cosa que él hizo.

El segundo es el capítulo de J. Stalin sobre "El partido", incluido en el libro "Fundamentos del leninismo" (Akal editor. Madrid, 1975) que es la reimpresión de la Hemeroteca General CEDOC

interpretación ortodoxa del partido dentro del movimiento comunista.

Como libros complementarios hay que acudir a las páginas de Marx y Engels que tratan la cuestión, aunque hay que advertir que en estos autores no se encuentra ninguna exposición sistemática sobre el tema. En el libro "Teoría marxista del partido" de Marx/Engels/Lenin/Bujarin/Lukacs (Ed. Grijalbo. México, 1972. Col. 70) se halla una buena recopilación. Especialmente importante y significativo es el libro de Lenin "¿Qué hacer?".

Este libro, escrito entre 1901 y 1902, es una crítica a las posiciones economistas y sindicalistas -"Rabochéie Dielo"- predominantes en el movimiento ruso de la época. Posiciones basadas en la sobrevaloración de la lucha económica, en la idea de que la lucha política es tan sólo un reflejo de aquélla, en la subestimación de la teoría revolucionaria y en la incomprendimiento de la necesidad de un partido de la clase obrera. A todo esto, Lenin opone la importancia de la teoría y de la lucha política, y la necesidad de un P. revolucionario, entendido como un P. centralizado de militantes profesionales, armados de una sólida teoría y de una férrea disciplina. Este texto debe ser considerado básico para la comprensión de la concepción leninista del P.. Concepción que históricamente viene representada por el movimiento comunista.

Igualmente significativos son "Un paso adelante y dos atrás" y "Carta a un camarada".

3/ El tercer texto, de L. Laurat ("Marxismo, reformismo y leninismo"), introduce algunos importantes elementos de reflexión crítica -de la mano de R. Luxemburgo- sobre algunos aspectos de las tesis leninistas. Aconsejamos vivamente al lector que se dirija directamente a los importantes artículos de Rosa Luxemburgo "Cuestiones organizativas de la social-democracia rusa", "Masas y jefes" y "Libertad de crítica, libertad científica", que se recogen en forma de libro en "La revolución rusa" (Castellote editor. Madrid, 1975), así como al libro de la misma autora "Huelga de masas, partido y sindicato" (Editorial Siglo XXI).

Rosa Luxemburgo fué militante de la socialdemocracia polaca y alemana, y fundadora en 1918 del P.C. de Alemania. Destacada exponente, junto a Lenin, del ala izquierda de la II Internacional, mantuvo una posición crítica e independiente en relación a Lenin, especialmente en: la concepción del P. y su relación con las masas; democracia y dictadura del proletariado; las cuestiones nacional y agraria. El pensamiento de R.L. fue criticado de espontaneísta -en materia de organización- por la III Internacional en 1925 y Stalin en 1931 la arrojó al campo de la heterodoxia, acusándola de contrarrevolucionaria junto con Trotsky. De esta forma, su obra, víctima del monopolio stalinista, ha sido ignorada por el movimiento comunista hasta la década pasada. Sus reflexiones a cerca del P. revolucionario pueden ser consideradas aún hoy de máxima actualidad.

4/ El cuarto texto, recoge unas páginas significativas de A. Gramsci. A Gram-

ci le corresponde el mérito de haber sido el único dirigente comunista que en tiempos de la III Internacional se preocupó de desarrollar un cuerpo teórico dirigido para las sociedades de capitalismo avanzado. Sociedades que ya exigían en aquella época un tratamiento diferenciado del propuesto exclusivamente a partir de las lecciones de la revolución rusa. Concepciones como las de bloque histórico, partido orgánico y otras muchas del pensamiento gramsciano se nos presentan hoy vivas y actuales. Es impensable avanzar respuestas a los problemas de hoy sin tener en cuenta la obra de Gramsci, al margen de la utilización que de la misma haya podido hacer el comunismo oficial italiano.

5/ El quinto y sexto textos "Masas, clases, partidos" y "La convergencia de la social-democracia y del centralismo burocrático" de J. P. Chevénement y D. Motchane.

Estos textos de J. P. Chavénement y D. Motchane (miembros del CERES), en diciembre de 1971, como primera introducción al programa del P. Socialista Francés. Si hemos transcritto dos capítulos casi enteros de este libro es por dos razones. La primera, porque supone un análisis amplio y dialéctico de los problemas con los que se enfrenta hoy la teoría marxista del P. revolucionario. La segunda, porque este análisis se nos presenta íntimamente ligado a opciones políticas y organizativas tremadamente actuales y en lo esencial, a nuestro entender, válidas. Romper con la práctica de colaboración de clases y del monolitismo doctrinal y burocrático; recoger lo que hay de válido y criticar los errores de la tradición del movimiento obrero y comunista; y presentar opciones socialistas renovadoras para las sociedades de capitalismo avanzado... Opciones que hoy ponen a la orden del día la necesidad de nuevos P. socialistas de masas con una vida realmente democrática como instrumento de la lucha por el socialismo. Este es el sentido de esta obra y la razón por la que su extensión ocupe en este dossier un gran preferente.

Libro complementario y de lectura obligada es "Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario" de L. Magri (Ed. Anagrama. Barcelona, 1975)

L. Magri, fiel continuador de las inquietudes gramscianas, es un brillante ejemplo de la voluntad de una parte de las nuevas generaciones comunistas de vivificar con nuevas propuestas los tradicionales esquemas del pensamiento comunista ortodoxo. Este libro supone un intento de situar y desarrollar la teoría del P. de Gramsci mostrando al mismo tiempo su relación con las concepciones de Marx, Lenin, R. Luxemburgo y Lukács. Al margen de las limitaciones del texto escrito en 1963 cuando Magri aún no había sido expulsado del PCI lo recomendamos especialmente por ser una de las pocas exposiciones rigurosas existente de los problemas abiertos dentro del pensamiento marxista en lo que se refiere a la teoría del partido revolucionario. Si hemos entresacado el capítulo II es porque ejemplariza el carácter abierto de la obra. En 1968 fundó con R. Rosanda la revista el Manifiesto (y en 1974 participó en la fundación del P.D.U.P.)

En la misma línea de una reflexión sugestiva se halla el libro "De Marx a Marx"

también de Editorial Anagrama (1975).

6/ El séptimo texto "Modelo de partido y estrategia de lucha por el socialismo" de L. Basso (socialista de izquierdas, antiguo secretario general del Partido Socialista Italiano y posteriormente Presidente del desaparecido Partido Socialista de Unidad Proletaria (PSIUP) plantea la exigencia de que a una nueva estrategia de lucha corresponde un nuevo tipo de partido.

7/ El octavo texto de C. Lefort (teórico francés de izquierda, animador de la revista "Socialismo o barbarie" que políticamente podría situarse en una línea antiburocrática y consejista) reflexiona lúcidamente sobre el fenómeno del stalinismo y de la burocracia.

8/ Finalmente, incluimos dos interesantes textos del Partido Socialista Francés y de Moviment Socialista de Catalunya (Manifest 72) que consideramos de interés.

Por último, debe tenerse en cuenta que los textos aquí recogidos (al igual que esta presentación) son sólo materiales para una reflexión sobre algunos aspectos relativos al tema y que en modo alguno pretenden prefigurar ni la concepción ni el tipo de P. que debemos construir —que estamos construyendo— todos los militantes de la Convergencia Socialista. Ello es igualmente válido en relación a los textos de partidos incluidos en la parte final de la recopilación. También debemos aclarar que cuando se habla de el P. revolucionario nos referimos a la cuestión de la organización política de los trabajadores tal como ha sido tradicionalmente denominada y sin que ello implique una opción en favor de un partido único. Antes bien, entendemos que inevitablemente y por las razones más arriba indicadas los trabajadores se estructuran políticamente en nuestra sociedad en una pluralidad de partidos y de otro tipo de organizaciones.

Comisión de formación.

D. MOTCHANÉ y J.P. CHEVENEMENT, *Pour le socialisme, 1973*

MASAS, CLASES Y PARTIDOS

La organización de masas es un invento del movimiento obrero. Aún hoy, distingue de las demás a las instituciones del socialismo. Para ir en contra de los sindicatos obreros, la patronal del siglo XX se ha sindicado a su vez. Para ir en contra de los partidos social-demócratas, bolcheviques y socialistas, la burguesía ha tratado de dar una nueva dimensión a sus propias estructuras de lucha política, extendiendo la superficie y la densidad de sus propias organizaciones. Pero si de cuando en cuando la derecha, empleando un vocablo tradicional, sabe reunir a las multitudes, jamás ha logrado agrupar de modo permanente grandes masas de militantes. Hace poco en Francia el poujadismo o el RPF no pudieron escapar a su destino de efímeras sublevaciones urbanas. Aun cambiando de iniciales, la UDR no ha cambiado de dimensión, ni a pesar de aumentar el número la UDR ha cambiado de estructura. Para la derecha, el fascismo, la victoria de un partido único y totalitario, es la única posibilidad histórica de dar a sus instituciones políticas un enraizamiento popular. Cuando, para perpetuar su poder, se ve obligada a emplear como instrumento una organización de masas, la burguesía se ve condenada a pervertir a la vez su ideología y sus instituciones.

Pero si el partido y el sindicato de masas siguen siendo más que nunca fenómenos específicos del movimiento socialista, este parece estar hoy expuesto a una crisis general de sus organizaciones. A menos que evite sistemáticamente hacer —y hacerse— preguntas, qué socialista, qué comunista, simple espectador o militante, no se interroga de vez en cuando sobre si los problemas particulares de tal o tal organización no demuestran, a fin de cuentas, y para el conjunto del socialismo, una crisis general de la organización.

En realidad, esta crisis ha existido siempre. El socialismo nunca ha dejado de vivir con ella, a pesar de ella y, como veremos, a causa de ella. A un nivel más concreto, los problemas de organización plantean todos los problemas políticos del socialismo. En los términos de una lucha hoy secular por el poder, pero también en la perspectiva de la conquista y de la transformación de este poder.

Por definición, la organización socialista y las instituciones del socialismo son antes que nada la proyección, al nivel de la sociedad real, de un análisis de clase. Su razón de ser es constituir el instrumento del proyecto revolucionario. Por necesidad, la organización socialista se ve sometida a la inercia, la integración y la deformación del capitalismo en el cual se encuentra situada. En su realidad concreta, la organización de masas socialista es pues el resultado de una tensión permanente entre un compromiso real y una ambición absoluta.

Las primeras y al principio únicas instituciones políticas del movimiento socialista fueron los sindicatos obreros. Durante mucho tiempo excluidos, en Francia,

de la legalidad burguesa —las coaliciones obreras prohibidas por la Ley de Le Chapelier no fueron autorizadas sino hasta 1884— los sindicatos han asumido durante algunos años todo el campo de las ambiciones políticas del socialismo. Uniendo la defensa de los intereses inmediatos de los trabajadores explotados en la misma empresa a la solidaridad internacional del proletariado en su totalidad, lograron rápidamente obtener las reivindicaciones que tenían a su cargo por mediación común del proyecto revolucionario: la conquista y la destrucción del poder del Estado.

Sin embargo, aun antes de que la creación de los primeros partidos democráticos sociales determinase de modo progresivo la organización política del sindicato, los problemas fundamentales de la organización y de la dirección del movimiento obrero habían sido ya presentados en el seno de la Ia. Internacional. Esta organización era sin duda un bosquejo, pero los conceptos divergentes de las corrientes del socialismo libertario, de los primeros marxistas y de los lasallianos, anunciaban ya los términos actuales de un debate ininterrumpido en la historia del movimiento obrero. Una organización socialista de masas, dedicada a la destrucción de la sociedad burguesa, a transformar por completo las instituciones, ¿debe y puede predelinear en su propia estructura y por su funcionamiento interno los modos de relación que se propone instaurar en la totalidad de la sociedad? Es decir, ¿en qué medida y bajo qué condiciones la democracia socialista puede llegar a ser, aquí y ahora, en el capitalismo, la democracia de los socialistas?

LAS FUNCIONES DEL PARTIDO

El partido es a la vez la conciencia de clase de los trabajadores y el instrumento de su toma de conciencia, su "intelectual colectivo" según la expresión de Gramsci.

Es también el apoyo de sus prácticas de clase, el instrumento de la revolución.

El partido es la conciencia de clase. Pero, podríamos decir, ¿se trata del productor o del producto? Sabemos como Lenin, empleando la famosa definición que da Kautsky de la conciencia de clase —la unión del socialismo y del movimiento obrero—, planteó en términos ejemplares la pregunta decisiva de la organización. Los trabajadores encerrados en intereses capitalistas de producción, imbuidos por la ideología dominante, no pueden lograr espontáneamente, es decir, por sí mismos, la conciencia revolucionaria. La mentalidad "espontánea" de la clase obrera es "tradicionalista", es decir, pequeño burguesa. No hay obrero que nazca marxista. Los trabajadores están demasiado alienados por la explotación que sufren para poder hacer una crítica real de esta explotación y desarrollar sus implicaciones revolucionarias. No pueden, sin la ayuda de su partido, eslabonar entre ellas las reivindicaciones inmediatas y dispersas de la clase obrera; discernir la unidad de los fenómenos de explotación, bajo la diversidad de sus manifestaciones y más allá de las decisiones secundarias de interés que esta diversidad engendra en ellos; no están capacitados para dar una dimensión global, un alcance revolucionario.

rio a la experiencia cotidiana de la lucha de clases. Según Lenin, tan sólo los depositarios del socialismo ciantífico, es decir, el partido y sus intelectuales, o, mejor dicho, el partido funcionando colectivamente como un intelectual, pueden dar a la clase obrera la conciencia de la revolución. Esto es la teoría en que se asienta la organización leninista del partido, la justificación política del centralismo democrático.

Para discutirla con todo rigor, hay que distinguir cuidadosamente sus tesis de aplicaciones sucesivas y a veces diferentes a las cuales han dado lugar. La teoría kaustsko-leninista que subyace a la tesis del centralismo democrático lleva consigo, a nuestro modo de ver, una mezcla de verdades y errores tan inextricable que uno se siente tentado de aceptarla o rechazarla en bloque. En tanto que principio de organización, el centralismo democrático se ha situado siempre, hasta el momento, en una práctica histórica que lo desfiguraba. Empezando por la del propio Lenin, obligado, después de la conquista del poder del Estado, a llevar a cabo en su actuación política una especie de caricatura de su propio pensamiento. El hecho de que el autor de El Estado y la Revolución haya tenido que asistir, desde la revolución de octubre hasta su muerte, el arranque del proceso inexorable de la disolución de la revolución en el Estado, no permite condonar sin embargo de una vez por todas la concepción leninista del partido. Para poderlo juzgar hay que remontarse a los supuestos teóricos de los cuales era la expresión. ¿El fracaso póstumo de Lenin, es decir, el stalinismo, era también su destino?

En tiempo normal, la "espontaneidad" de las masas es reformista y social-demócrata en el sentido actual de la palabra. En tiempo normal quiere decir que, en todas las situaciones históricas que hayamos experimentado, los valores burgueses han sido la norma ideológica de los trabajadores. Estos sólo captan espontáneamente la lucha de clases considerándola un conflicto que tiende a modificar a su favor su relación con el capital y no a considerar al propio capital como relacionado con la producción; es decir, la conciben como una lucha destinada a hacerles más soportable, y no más insoportable, la colaboración de clases. No hay que dudar de que esta disposición general del proletariado al reformismo no es un rasgo de clase. Era menos marcada en la época del capitalismo salvaje, de las grandes revueltas obreras, en las cuales nada o casi nada venía a ocultarle al proletariado la realidad de su exclusión.

Que actualmente se vea mantenida, reforzada o debilitada en el contexto monoplista del Estado, es un problema que discutiremos más adelante. Pero queda claro que constituye un rasgo dominante del proletariado en la fase imperialista del capitalismo, en la época de los primeros desenvolvimientos de la legislación del trabajo y de la acción parlamentaria de la social-democracia. Los progresos de la alienación capitalista, la facultad de la burguesía para obtener de la clase obrera la interiorización de los valores de sus explotadores son inseparables del desarrollo de la explotación. Dado que la hegemonía ideológica del capitalismo sólo puede cesar con el propio capitalismo, la valoración que se da a su influencia actual domina por una parte la que se pueda hacer de la proximidad o lejanía de la revolu-

ción. La vanguardia se ha caracterizado siempre por el suplemento de conciencia revolucionaria que se asigna; pero su único medio de justificar su pretensión es que las masas la reconozcan en una práctica revolucionaria que, sin duda, jamás es espontánea en tiempo normal.

Constatando que, sin teoría ni partido revolucionario, las masas libradas a sí mismas —es decir, a la explotación-exclusión y a la alienación-inclusión capitalistas— están condenadas al reformismo. Lenin infiere de ello la necesidad de aportarles del exterior la conciencia política. Esta conclusión no es aceptable y el propio Lenin parece haber presentido su fragilidad.

La teoría de la unión del socialismo y del movimiento obrero, cuyo centralismo democrático es sólo un desarrollo, elevado a la altura de un principio de organización, abre fácilmente la vía al monopolio burocrático, al terrorismo dogmático y, por un rodeo perverso pero lógico, al reformismo al cual tenía la función de extirpar.

CENTRALISMO BUROCRÁTICO

Hablando de modo exacto, el centralismo democrático no implica a priori ninguna de las perversiones que hasta el presente no han dejado de desfigurarlo. El principio según el cual la línea del partido, definida por la mayoría, se impone a la totalidad del partido; aquél según el cual la dirección tiene por función interpretar esta línea y controlar su ejecución, son reglas constitutivas sin las cuales no hay organización. El centralismo democrático no trae implícito en ningún modo los procedimientos oligárquicos progresivamente instaurados en los partidos de tipo bolchevique: designación de hecho, en todos los escalafones, de los responsables por los dirigentes del escalafón superior, y, como consecuencia de este tipo de elección jerarquizada, supresión de las posibilidades de control y de iniciativa de la base.

Es una medida en que determina la conciencia de clase como un valor transcendental al proletariado, en que la reduce a una especie de gracia del Estado o del partido, que el centralismo democrático confiere a la burocracia de la organización un poder absoluto sobre la verdad. Este poder legítimo neutraliza por adelantado todos los intentos ideológicos y políticos.

Aquellos que detentan el poder en el partido, detentan necesariamente la conciencia revolucionaria; son ellos quines, en última instancia, fijan la expresión y definen mediante decreto la línea política justa, la que otorga a la voluntad de las masas el medio tanto de reconocerse como de progresar y realizarse. La fuerza de un concepto de la acción revolucionaria de este tipo es que desde su punto de partida tiene en cuenta las condiciones reales de la acción política, o por lo menos la tiene en gran medida. Los socialistas deben recusarla, pero ni las críticas hipócritas de los socialdemócratas ni las críticas idealistas y libertarias les proporcionarán las bases para una refutación seria.

No entraremos en detalle sobre las objeciones estériles de los socialdemócratas, que están persuadidos de que los problemas de la democracia socialista que-

darán resueltos mediante la transposición, en el plano de las organizaciones políticas, de los procedimientos de la democracia parlamentaria. Una de dos: o bien la perversión inherente a las organizaciones condena por adelantado el recurrir a toda institución, y por consiguiente a la de un partido —pero sabemos que de querer abismarse en la "espontaneidad" de las masas, la acción política se anula y se degrada en manipulación pura, y que, como todos los milenarismos, el comunismo libertario está destinado a oscilar sin parar entre la desesperación y el cinismo. O bien admitir, en una clara conciencia de las deformaciones que lleva implícitas, la necesidad de la organización. En este caso, sean cuales sean las modalidades, el papel de un partido revolucionario es asegurar la dirección de la lucha de clases. Esto en los dos sentidos de la palabra: mostrar el sentido y organizar el movimiento de las masas.

La crítica del centralismo democrático plantea el problema de la democracia: al nivel de la relación entre las masas y el partido, en el propio interior de la organización.

La legitimidad del papel dirigente del partido y la precisión de su línea política sólo están garantizados por el postulado del carácter científico del socialismo. Pero están sometidos a la sanción de la historia. Son las propias masas las que certifican al cabo de cierto tiempo mediante su postura política que el partido era su vanguardia y la conciencia de la revolución. Se comprende a qué grado la afirmación de la científicidad del socialismo se convierte en un principio esencial de la organización del partido. Su papel es el de conferirle la fuerza y el monopolio de una verdad objetiva. Su carácter categórico moviliza las convicciones; de este modo, atemperando la exigencia científica del rigor por la de la eficacia política, el socialismo ciantifista apela al ciantifismo latente de las masas y tiende a perder en validez lo que gana en poder ideológico. Esta es la tensión permanente que opone al cientifismo socialista a un socialismo verdaderamente científico, una doctrina petrificada a una teoría viva y sometida a las comprobaciones de la historia.

EL DOGMATISMO CENTRALIZADO

En centralismo burocrático engendra más o menos rápidamente un dogmatismo que sólo es la vertiente ideológica de su burocracia. A no dudar, del mismo modo que no podría haber instituciones que no tiendan a pervertirse, no hay teoría revolucionaria, por enraizada que esté en la conciencia de las masas, que pueda eliminar enteramente todo residuo dogmático de su discurso. Si, como decía Politzer, no hay crítica seria sin un presentimiento de la verdad, tampoco hay teoría revolucionaria sin afirmación anticipada de la verdad. Pero hemos visto como, combinando esta idea justa, que la conciencia política no llega a las masas por generación espontánea, con el postulado de un cientifismo consumado del socialismo y con la jerarquización absoluta de la estructura de la organización, se convierte a la dirección del partido en directora de conciencias y se transforma al propio

partido es una especie de clerescía de la revolución.

Lenin, sin embargo, se proponía fundar, pues no desconocía el riesgo, la legitimidad de la organización revolucionaria sobre la relación del partido con las masas: "Un paso por delante de las masas, pero sólo un paso", la máxima el nexo que debe mantener la vanguardia con el ejército al que conduce. Sin ella la acción del partido no sólo pierde su eficacia, sino también su sentido. Todo el problema del centralismo democrático es saber si su aplicación puede escapar a esta consecuencia, hasta ahora siempre comprobada, que transforma la unión entre la vanguardia y las masas al igual que, en el interior del partido, entre la dirección y la base, en una relación de dirigente a dirigido, y que, sean cuales sean los procedimientos empleados para otorgar una forma democrática a las alternativas de los dirigentes, ocurre de este modo.

Es verdad que en una sociedad no socialista ninguna organización de masas puede escapar totalmente a esta relación: la ficción de una igualación perfecta del poder se ve impugnada por la propia naturaleza del poder. Se sabe por otro lado que las grandes organizaciones social-demócratas, que habían llevado casi hasta la perfección la formalización democrática de su funcionamiento, pudieron caer por otras vías en los mismos defectos que los partidos de tipo bolchevique. Pero el problema central de la organización es el siguiente: ¿puede, en nombre de la eficacia, evitar limitar las relaciones de poder en el interior del partido en las que instituye necesariamente una división jerárquica del trabajo? La respuesta no la encontraremos en una negativa frenética, pero siempre platónica, de la realidad. Todos los militantes del partido son iguales en derechos y obligaciones, pero se da el caso que algunos son, funcionalmente, más iguales que otros. Al partido de masas se le puede aplicar el centralismo democrático sin retirarles a los militantes el control democrático de la dirección. Veremos en qué condiciones.

Pero la democracia socialista, ¿es reducible a la fiscalización, o implica la iniciativa?

Proclamar el carácter científico del socialismo para poner fuera del alcance la autoridad de los dirigentes del partido y ocultar la parte irreductible de arbitrariedad que lleva ineluctablemente consigo la acción política, perversa a ambas. En el socialismo del centralismo democrático concebido por Lenin, la ciencia se halla condenada a ser tan formal como la democracia. No era su intención, sino la lógica de una teoría del poder que confiere la legitimidad absoluta de la razón al propio sistema del poder, y garantiza por consiguiente el monopolio de los que lo detentan. La organización leninista del partido no era compatible con la perspectiva leninista del poder soviético, la de los consejos obreros.

Las estructuras centralizadas del partido bolchevique correspondían a las condiciones iniciales de la lucha revolucionaria en Rusia; estaban destinadas a convertir al partido en un instrumento eficaz para la toma del poder de Estado. Sin duda, Lenin pensaba que una vez conquistado este poder, la transformación de la

realidad de las clases cambiaría progresivamente el Estado burgués en un Estado de todo el pueblo, tomando la expresión de Stalin, primera etapa del deterioro del propio Estado. Si no se hacía ninguna ilusión sobre la dificultad y la lentitud de esta transformación, que correspondía a la fase histórica de la dictadura del proletariado, no habría sin embargo previsto la amplitud del reflujo revolucionario. Pero toda estructura del poder tiene su lógica; ¿podía el partido bolcheviche en el poder echar abajo la suya y, en contra de su propio centralismo, transformar el Estado en un poder verdaderamente soviético? La revolución de octubre pasó en poco tiempo de la dictadura del proletariado a una dictadura sobre el proletariado. Dicho de otro modo: a partir de la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, la revolución ha fracasado al querer instaurar una apropiación verdaderamente colectiva de la producción. Ha transformado el capitalismo sin abolirlo. Las estructuras políticas del Estado soviético reflejan a la vez estas ambiciones y estos fracasos. Si constamos hoy en él la existencia de una clase política, no en el sentido de los periodistas parlamentarios, sino en la acepción marxista de la palabra, es que la coincidencia entre poder de Partido y poder de Estado, apropiación efectiva de los medios de producción por una minoría y dominio de la plusvalía y del control político, se ha visto empujada lo bastante lejos para engendrar una institucionalización extrema de las relaciones de clases y de las relaciones de poder. (No es por casualidad que el grado de significación que se otorga a las precedencias y al orden de enumeración de los dirigentes, se ve empujado al paroxismo de la Unión Soviética) Sería sin duda burlesco decir: "Es culpa del centralismo democrático". La organización es sólo la traducción política de una estructura de clase. Pero la organización de un partido convertido en el único amo del Estado determina las estructuras del Estado. A este nivel, los fenómenos del stalinismo tienen sus raíces en los principios leninistas de la organización del partido.

EL REFORMISMO BUROCRÁTICO

La disposición espontánea que las masas tienen al reformismo ha servido siempre de justificación al centralismo burocrático. Pero el esquema leninista da como resultado la paradoja de favorecer una evolución reformista de la organización revolucionaria. De un modo general, es evidente que una estructura jerarquizada, que escapa al control de los militantes del partido y que por ello jamás se ve enjuiciada, será poco propensa a prolongar el movimiento revolucionario que la ha llevado al poder hasta sus últimas consecuencias, puesto que trae consigo el deterioro de este mismo poder. Quien no practica la autocritica revolucionaria no puede ejercer la crítica revolucionaria. La dirección de una organización sin movimiento es tan incapaz de representar su papel de vanguardia como la de un movimiento sin organización. Toda burocracia tiende a la inmovilidad y la de un centralismo burocrático mal comprendido se impone rápidamente al conjunto del partido. Una dirección política que, al lími-

te, no encarna ya los impulsos de los militantes, tiene pocas posibilidades de jugar su papel de aguijón y de fecundar la conciencia de las masas.

EL INTELECTUAL COLECTIVO

Según una opinión muy extendida, la idea de una fecundación necesaria de la conciencia de las masas por la inteligencia había ido unida a la profundidad del desnivel cultural que aislabía a las clases populares de la Europa del siglo XIX, especialmente en Rusia; tal vez justificada en otros tiempos por circunstancias históricas, no dejaría de tratarse de un concepto elitista que en la actualidad sólo correspondería al deseo de las oligarquías burocráticas de perpetuar sus privilegios. En realidad, la cuestión de "la unión del socialismo y del movimiento obrero" presentada en términos actuales, debe estar subdividida en tres: en efecto, comprende a la vez la unión del partido con las masas, las relaciones en el interior del partido entre la dirección y la base, y finalmente los problemas de la estructura de clase del partido, considerados en particular con relación a la suposición y al papel de los intelectuales.

LA VANGUARDIA Y LAS MASAS

La diferencia entre la vanguardia y las masas es resultado de la existencia de la organización. Pero en vez de expresar que, conforme a la preocupación de Lenin, el único papel de la vanguardia es revelar a las masas lo que son, ayudarlas a tener conciencia de sus intereses, de sus enemigos de clase, y de prepararles e indicarles medios de acción, el empleo de estos términos encubre una vez de cada dos en los militantes revolucionarios, ya sea un elitismo popular tanto más pernicioso por inconsciente, ya sea un populismo elitista, romántico y abstracto; tanto el uno como el otro son corrientes alternas de esta gran enfermedad de los militantes: el predominio de la conciencia de sí mismos sobre la conciencia de clase.

¡Las masas populares! Estas dos palabras que hacen vibrar los millones de harmónicas de la historia revolucionaria del socialismo, sirven también de instrumento para la impostura y de instrumento euforizante para todas las manipulaciones. Existe una categoría de militantes políticos que se refieren mucho a las masas sin que ellas les presten la mayor atención. De tanto oírlas así evocadas, provocadas, convocadas, con un sonsonete de encantamiento, desde lo alto de millares de tribunas, algunos terminan por creer que son las propias masas las que expresan de aquel modo. ¿Qué militante o qué dirigente revolucionario no se ha visto tentado de imaginar que algún día —dado que sabe que esto ocurre un par de veces al siglo— le bastaría hablar con las masas para hacerlas hablar por su boca? En los grandes suburbios de la revolución, la ilusión lírica y la ilusión cómica sólo están separadas por una línea difusa: la confusión política y la gesticulación ideológica se dan en ella libre curso.

Despojado del prestigio engañador de la literatura, el concepto de masa no

designa una realidad prefabricada y dada por adclantado, sino que es el resultado de un trabajo revolucionario. Las masas son el producto de la toma de conciencia, por los trabajadores, de la unidad de los fenómenos de explotación que, más allá de las divisiones secundarias de intereses que los separan, crea la unidad del proletariado. En la sociedad burguesa, las masas no preexisten como tales a la acción revolucionaria. No son ni la multitud, ni la suma de individuos y de grupos, sino la unión de trabajadores en una conciencia de clase común. Por ello hay que explicar: 1. que el partido y las masas sólo han podido existir el uno por el otro; 2. que si, durante la transición socialista, la vanguardia y las masas tienden a confundirse, la conservación durante un largo período de las estructuras específicas a las cuales el partido debe su identidad es una de las condiciones de la transición y de la irreversibilidad del movimiento que le da sentido.

UN PARTIDO, ¿PARA QUE?

Decía más o menos León Blum, "El partido socialista debe tender a confundirse con el proletariado y hasta me atreviría a decir con toda la humanidad". No hay duda, pero del mismo modo que uno tiende hacia su propio límite. Durante generaciones, los militantes del movimiento obrero han vivido –o creido vivir– la revolución en presente. Algunos la buscan hoy en el retrovisor de la historia, mientras que otros, cansados de hacer retroceder el mismo horizonte a medida que avanzan, se preguntan si el camino que han tomado les llevará alguna vez a algún sitio. Hemos dicho que la crisis de las organizaciones era un rago permanente del movimiento socialista. ¿Cómo podría ser de otro modo si el socialismo es, precisamente, un movimiento? Pero una crisis permanente no deja de ser vivida como una crisis, interrogación y enjuiciamiento sin precedente de los métodos y de los instrumentos del movimiento obrero.

Es cierto que el problema de la organización de encuentra hoy planteado con una agudeza particular. Muchos militantes vivieron el mayo del 68 con la impresión de que las organizaciones políticas del socialismo y, en cierta medida, sus organizaciones sindicales, estaban mal adaptadas a su misión. Las decepciones acumuladas han actualizado la crítica libertaria de las organizaciones de masas. Al criticar sus prácticas y sus estructuras, se llega a menudo a impugnar su legitimidad y la utilidad de su propia existencia.

Esta impugnación no sólo está inspirada por intenciones revolucionarias. Hay "socialistas burgueses" que también emplean los argumentos proporcionados por la crítica que hace la izquierda de las organizaciones tradicionales y proclaman, alto o a media voz, la muerte de los partidos políticos, seguida a veces por su transfiguración. Para avalar sus propósitos no sólo invocan el dogmatismo y la rigidez del Partido Comunista Francés, la decadencia y adulteración de la SFIO, "las divisiones del PSU o la irresponsabilidad izquierdista, sino también la incapacidad considerada congénita de las organizaciones sólidamente estructuradas en el uso eficaz de técnicas de expresión y difusión".

sión modernas y en la diversificación de los propios medios de contacto con la "población". Particularmente sensibles a las formas contemporáneas a la personificación política y a su dimensión publicitaria, se consideran los campeones de la personalización de las ideas. ¿Qué hay de extraño en ello? Notables sin notoriedad puesto que todavía son jóvenes, cuentan en sus clubs menos ideas que personas. Así ocurre por ejemplo que a los viejos "jóvenes de estructura" de la antigua SFIO se añaden algunos nuevos jóvenes, sin estructura, del partido socialista. Tanto los unos como los otros disolverían con gusto su partido en el magma informe de una federación en la cual la superposición de estructuras múltiples, flexibles y elásticas, y el confuso mosaico de clubs, círculos y elipses permitiría a los fenómenos de los "leaders" el florecimiento sin trabas de una copiosa belleza. Este es también el programa de la participación en el socialismo de todos los aficionados que se sabe reclutan en el orden, en el sentido estricto de la palabra, entre los radicales, centralistas, fauristas, objetivistas, gaullistas, etc....

Se puede dejar a los protagonistas de una federación por un socialismo sin lucha de clases sobre su terreno. La necesidad de un partido de masas sólo se impone a los que reconocen la división de la sociedad en clases; sólo tiene sentido para los socialistas. Y con todo es necesario que la ideología y la estructura de la organización la hagan apta para mantener y desarrollar una relación viviente con las masas de las cuales debe ser la expresión.

El papel del partido es en efecto funcionar como un intelectual colectivo, no sólo para él mismo sino para las masas, para el conjunto de trabajadores que necesita ganar a la conciencia de clase. Para ello es necesario que el partido sepa encontrar el justo equilibrio entre las exigencias de la intolerancia y las de la tolerancia que debe respetar su acción.

El partido necesita tolerancia. Nadie nace socialista, los socialistas se reclutan partiendo de la toma de conciencia de los que no lo son. De modo más profundo y tanto al nivel de las ideas como al de la práctica social, el socialismo incumplido es un conflicto con el orden establecido: no es el resultado de este conflicto. La frontera entre el socialismo y el capitalismo pasa siempre por el interior de las cabezas de los militantes y a veces por el interior de sus vidas. La diferencia de opiniones y la libertad no sólo de expresarlas sino también de luchar por ellas son esenciales a la acción política de un partido de masas que juega verdaderamente su papel de intelectual colectivo. En el plano de las estructuras, la tolerancia implica el reconocimiento y la organización del derecho de tendencia, dentro de los límites claramente reconocidos que imponen la cohesión y eficacia del partido.

Pero, para que estos límites no sólo sean reconocidos sino también aceptados, es necesario que confirmen un acuerdo fundamental. En principio, todo el mundo está de acuerdo con ello. Pero un acuerdo sobre la definición de estas sujetaciones implica una adhesión de todos los militantes a la ideología y a la práctica política de la organización.

Sabemos que, al dejar de ser partidos de clase, las organizaciones socialdemócratas, degradadas en partidos de castas y en fondos de comercio electorales, se han visto progresivamente despojadas de este tipo de rigor. Aunque, como en Francia la SFIO, hayan conservado un mínimo de retórica revolucionaria para halagar la fidelidad de algunos militantes viejos, o que, como la SPD alemana hizo en 1959, se hayan librado de toda referencia a la lucha de clases, más allá de las direferncias de textos, de sensibilidad y de procedimiento, la antigua casa de la socialdemocracia se ha convertido en todas partes en la de la tolerancia de clase. Esta tolerancia tiene, claro está, su ideología a la cual se da a veces el sobrenombre de reformismo. Es en nombre de esta ideología que se invoca alternativamente la vocación de un gran partido que mezcle en un ecumenismo-social sin límites marcados a todos los "socialistas" desde los más reformistas a los más revolucionarios, o la necesidad de reunir en una federación sucesivamente democrática y socialista o socialista y democrática los hombres de izquierda y de buena voluntad.

Pero, se da el caso que en un partido socialista es indispensable un mínimo de intolerancia porque ésta es necesaria para la acción y la convicción y es la consecuencia de la lucha de clases. Hay que comprender a los adversarios y colaborar con los propios aliados. Pero un partido de lucha de clases debe empezar por clasificar a los unos y a los otros según lo que presentan y según sus actos, de no querer perder algún día lo que los cristianos llamarían su alma, los burócratas sus tarjetas y los socialistas su identidad.

Es a partir de la relación de exterioridad que el compromiso político, cuando es tomado en serio, engendra entre aquellos que lo asumen y los demás que el partido pueda influenciar, convencer y movilizar. Por el ejemplo dado, por la cohesión de sus militantes, por la claridad de sus perspectivas políticas y antes que nada por su presencia. En un partido de masas, lo que une la conciencia política a la que llamamos intolerancia a la masa de los trabajadores, es el militantismo.

DEL PAPEL REVOLUCIONARIO DE LAS MINORIAS

En resumidas cuentas, el problema de "la unión del socialismo y del movimiento obrero" compromete tanto desde el punto de vista de la acción como de la organización políticas, la naturaleza y la función de las minorías revolucionarias. Una revolución, salvo restringiendo este término a los cambios brutales que se producen de vez en cuando, contrariamente a los procedimientos establecidos, traslada la propiedad del poder sin modificar ni su estructura ni su carácter de clase; una revolución sólo puede consumarse por la adhesión mayoritaria del pueblo; pero no hay ningún ejemplo de que una revolución no haya sido anticipada e incluida por una minoría. Son éstas y sólo éstas las que catalizan, teorizando, el movimiento de las masas. Tanto si la teoría es justa como si es falsa, tiene por lo menos el mérito de producirles la ilusión de haberla provocado.

Las minorías sólo provocan en las masas los movimientos inscritos en la situación histórica de las relaciones de clases; en el paso de la autoridad al acto, el papel de las minorías no es menos decisivo. El capitalismo no se transforma por sí mismo; y aun menos se transforma por sí mismo en lo que no es. Las minorías son precisamente el producto, la expresión y el instrumento de estas contradicciones. Pero llega a ocurrir que sólo sea un subproducto. ¿Quién decidirá por adelantado si su acción indica el sentido de la historia o si por el contrario sólo manifiesta su incomprensión? Sólo la adhesión de las masas, a menudo póstuma, separa al revoltoso del revolucionario; lo que a fin de cuentas juzga la acción de los militantes es la progresión del nivel de conciencia de las masas. El partido —la minoría políticamente más consciente— y las masas establecen de este modo entre si como un juego de espejos indefinidamente repetido: el partido les propone a las masas la contraseña y el programa que expresa, reúne y pone en claro sus reivindicaciones concretas, y desarrolla el alcance revolucionario en la medida que las masas son, a su vez, capaces de captar.

Para el partido, las masas constituyen la base y la medida de su actuación. El "intelectual colectivo" de las masas populares, o sea el partido, constituye una minoría en relación a ellas mismas. Pero la minoría revolucionaria, los militantes del partido, surgen del seno de las masas; es su núcleo. Ninguna práctica revolucionaria ha sido el resultado de la conceptualización, efectuada por una intelligentsia de servicio, de las reivindicaciones "espontáneas" del movimiento obrero.

La dirección y la base Las estructuras del partido

La historia de las organizaciones de masas del movimiento obrero muestra como éstas tienden a reproducir en su estructura interna y en las relaciones instituidas entre la dirección y la base, el tipo de relación en un solo sentido que la burocracia de todo el partido termina por hacer prevalecer entre la vanguardia y las masas, los militantes y los "otros". En la literatura política y en el lenguaje de los militantes, "dirección" y "base" se convierten en entes abstractos, en perchas en las que los dirigentes y los dirigidos cuelgan sus mitos para ocultarse los unos a los otros el funcionamiento más o menos oligárquico del partido. Por rígidos que sean los métodos de la organización, los militantes tienen la libertad de discutirlo casi todo. Las instituciones del partido están siempre hechas de modo que dan la impresión de que son ellos los que deciden. Aunque esto no sea totalmente falso —ninguna organización podrá substituir sin tener en cuenta las reacciones de sus militantes— la inercia de las estructuras encamina al partido hacia una distribución no igualitaria de la información y, por tanto, del poder. Al estratificarse, el partido desconecta los lazos que se implantaron militante en las masas debería tratar de mantener" cuando ésta unión subsiste, los refuerzos se multiplican. El distanciamiento entre el partido y las masas acentúa las deformaciones

ciones del simbólico político: entre la imagen que las masas se hacen del partido y la representación del partido y de sí mismas que envían a su vez a los dirigentes ya no hay intercambio sino separación; del mismo modo, en el interior del partido el desplazamiento funcional entre dirigentes y militantes de base se transforma en enclaustramiento ideológico. Para los dirigentes, el pensamiento; para los militantes, la sensibilidad. Una organización que deja de ser un intelectual colectivo para sí misma ya no es capaz de representar este papel ante las masas.

Tales son las razones que han llevado siempre a los socialistas libertarios a generalizar la crítica concreta de las organizaciones por una negación de principio de la organización. Hay otras que, aun admitiendo la necesidad, se asignan la tarea de construir hoy una gran organización revolucionaria de masas que esté garantizada por adelantado contra toda desviación burocrática. En este aspecto llevan la precaución hasta el más extravagante de los sectarismos. Hay que reconocer que éste, en la medida en que evita que la organización crezca, es evidente que limita la nocividad y aun la existencia de la burocracia.

Fascinados por los recuerdos legendarios del movimiento obrero, invocan el advenimiento de un gran partido revolucionario que rehuyen proporcionarse. Otros —por ejemplo los ex-militantes del VLR y hoy los del grupo de la Revolución— se jactan de que una convergencia objetiva de la actividad revolucionaria de grupos de toda clase —comités de acción en distritos, grupos políticos, etc.— sustituye la presencia de un partido de masas orgánicamente constituido. Mayo del 68 demostró sin embargo que no era así. De un modo general, sea cual sea la parte de pertinencia de las críticas y condenas que pesan sobre las organizaciones "tradicionales", en la voluntad de hacer tabla rasa de los partidos existentes, se percibe el deseo de hacer sencillamente tabla rasa de la realidad. La realidad es que no hay un buen modo de organizar un partido de masas, pero hay que hacerlo y del mejor modo posible. Ciertos esquemas son mejores que otros; ninguno garantiza por adelantado el evitar el riesgo de la deriva burocrática. De hecho, la precaución de más cuerpo que pueda tomarse para, en una sociedad de clases, conciliar la eficacia y la democracia socialista de una organización revolucionaria, es la vitalidad de esta organización, su aptitud a reclutar, a convertir a sus partidarios en militantes, a mantener en su propio juego de las estructuras una tensión permanente y fecunda entre la dirección y la base del partido.

Esta aserción no es una escapatoria. Tan sólo la acción política garantiza la virtualidad de las constituciones. Ciertos procedimientos favorecen la vitalidad militante, otros la ahogan. Combinando el contralismo democrático pero depurado de las agregaciones que le ha impuesto el esquema leninista, con la representación proporcional de las tendencias, un partido tiene más posibilidades de ejercer su misión sin desnaturalizarla.

Estos dos principios de organización son en efecto complementarios y su

unión es esencial. Repetiremos que por centralismo democrático se entiende pura y simplemente el hecho de que la ley de la mayoría se impone a todo el partido y que la dirección, renovada con suficiente frecuencia, tiene a su cargo la interpretación de la línea del partido y el control de su ejecución a todos los niveles. Controlar el cumplimiento de una decisión colectiva no significa en absoluto el ejercicio de un poder discrecional sobre los que son responsables de su ejecución. La designación de los responsables del partido, a todos los niveles, por los del nivel superior, que es la práctica de hecho sino de derecho de los partidos de tipo bolchevique, no está de acuerdo con el centralismo democrático. Es su caricatura.

La representación proporcional debe aplicarse sin restricciones al conjunto de los votos del partido. Regula la determinación de las posiciones políticas —el voto de los textos— y la definición de los responsables, uniendo ésta a aquélla. Sin ella el centralismo democrático termina forzosamente por someter la actividad del partido a una autoridad jerárquica sustraída al control de los militantes. Efectivamente, sólo el reconocimiento del derecho de tendencia, materializado por el carácter político que la representación proporcional confiere de modo explícito a los votos que dan como resultado la elección de los dirigentes, puede evitar que el partido se encierre verticalmente. Implica en efecto el cruce de las uniones verticales con la base, las federaciones y la dirección nacional y con las que las tendencias establecen de célula a célula y de sección a sección entre los militantes. En los hechos cotidianos del funcionamiento del partido, la representación proporcional traduce directamente en términos políticos los conflictos de poder que se plantean espontáneamente, en términos de organización. Constituye el único medio de subordinar la elección de los hombres a la de las ideas. Pero el centralismo democrático le proporciona un contrapeso indispensable; sin él, en efecto, el juego desordenado de la representación proporcional tendría el peligro de comprometer la unidad del partido, como los ejemplos proporcionados por la SFIO de la pre-guerra.

El riesgo inherente a la representación proporcional no es, al contrario de lo que pretenden los burócratas, que trastorne la generación espontánea de las tendencias que sin ella no existirían. Las tendencias son un fundamento de la base de una organización de masas; al reprimir su expresión no se suprime su existencia sino sólo la de la democracia. El ejercicio del derecho de tendencia sólo es peligroso para la unidad del partido si debido a la ausencia de un acuerdo fundamental entre sus militantes, éstos se ven llevados a rehusar las coacciones del centralismo democrático, coacciones elementales de la disciplina y la eficacia.

Como es natural, el centralismo democrático organizado sobre la base de la representación proporcional debe verse completado por disposiciones que garanticen el control de los dirigentes por los militantes. Las ,edidas para limitar la acumulación de responsabilidades, la permanencia demasiado prolonga-

da de los mandatarios en las mismas funciones, las disposiciones que facilitan, por otra parte, el ejercicio efectivo del derecho de abrogación son indispensables. Lo mismo ocurre para las disposiciones propias a asegurar un control estricto del partido por sus miembros elegidos. En este sentido, como en todos los demás, las reglas de una organización son, en el plano de las estructuras, una traducción directa de la estrategia política. Pero sería vano querer examinar esta última sin haber antes dejado clara cual debe ser la base de clase de la organización.

Las bases de clase de la organización y el problema del pluralismo político.

El socialismo no es nada fuera del movimiento obrero que es su representación histórica y del cual constituye la teoría. Por lo tanto, no hay organización de masas verdaderamente socialista sin una base obrera. En este aspecto, el partido comunista francés, que la tiene, el partido socialista, que trata de obtenerla, el PSU, la Liga Comunista, Lucha Obrera y la Alianza marxista revolucionaria, que, no siendo organizaciones de masas, básicamente sólo tienen puntas de lanza pero tienen como objetivo alargarlas, están de acuerdo con ello. Por lo menos aparentemente. No faltan ejemplos de organizaciones obreras que no son socialistas o que, pretendiendo serlo, han traicionado al socialismo. Antes de la guerra, el partido socialista SFIO tenía, tanto en proporción como en número, más obreros que el partido comunista. Esta herencia no evitó que evolucionase para terminar, a excepción de algunas provincias, como un partido pequeño-burgués, más pequeño que burgués pues a pesar de la proporción estadísticamente importante de obreros que había conservado, la influencia de los maestros, empleados y funcionarios era preponderante. Una organización obrera no es necesariamente una organización socialista; dicho de otro modo: la base de clase no determina nunca pos sí sola la posición de clase de una organización.

Esta constatación que nadie contradice de modo serio -ni el propio partido comunista al cual no le desagrada llamar la atención sobre el hecho de ser hoy en Francia la única organización política de masas fundada efectivamente sobre una base obrera, así como presumir de tener el monopolio del socialismo-, condena sin paliativos una vieja tradición obrerista siempre presente en nuestro país bajo la forma, en las organizaciones, de un guesdismo o de un stalinismo latente, según la cual la clase se identifica con el partido y la conciencia de clase se confunde con la adhesión al partido. Pero, dado que la base no implica la posición de clase, aun viéndose implicada por ella, se plantean dos preguntas: ¿uno o varios partidos para la clase obrera? ¿una o varias clases para el partido?

Si, en efecto, la ecuación obrerista es históricamente insostenible, traduce una tendencia profunda del movimiento socialista a conferir una validez universal a su especificidad de clase. Pero sean cuales sean estas grietas in-

ternas y esas contradicciones secundarias, sólo hay una clase obrera, cuya conciencia de clase se basa precisamente en el reconocimiento de su unidad. Sería pues lógico, después de la división histórica del movimiento obrero, cada una de las organizaciones que lo componen pretenda tener a su cargo la totalidad de la herencia. Por esto el partido comunista no puede dejar de llamarse a si mismo el partido de la clase obrera. Pero por esta misma razón todos los militantes del movimiento socialista que no se reconocen en él no aceptarán jamás esta pretensión. No es que no admitan el principio, pero tienen derecho a construir una organización que pueda asumirla de modo válido a sus ojos y para la mayoría de los trabajadores. Pero la ruptura del movimiento obrero corresponde a una división de la conciencia de clase cuyas escisiones orgánicas sólo son una consecuencia que no se eclipsa ante las reivindicaciones hegemónicas de una de las organizaciones que han surgido de ella.

Mientras la integridad de su conciencia de clase y con ella la conciencia de su unidad no hayan sido reconocidas por los trabajadores, no habrá un partido de la clase obrera para la clase obrera. Y, todavía hoy, cerca de la mitad de los obreros votan por la derecha, porque el centralismo burocrático y la social-democracia, las dos enfermedades endémicas del movimiento obrero, no han dejado de contagiar su organización, retrasando de este modo el día en el cual una reunión orgánica confirmará un progreso decisivo de la conciencia de los trabajadores. No son razones de eficacia las que prohiben al socialismo abandonar la perspectiva de la reunificación del movimiento obrero: después de todo, la unión popular puede prescindir perfectamente de la unión orgánica. La desaparición, en el seno de la clase obrera, de las contradicciones que dividen y por lo tanto debilitan su conciencia de clase, es una de las condiciones previas de la construcción del socialismo.

El pluralismo político

La pluralidad de los partidos políticos en el interior del movimiento socialista no contradice en sí misma la exigencia de su unidad; es tan solo la expresión del hecho de que las divisiones entre los trabajadores, es decir, las de la conciencia de clase, no se determinan a nivel de la organización. El pluralismo político no constituye sólo un contrapeso útil a la inclinación propia de toda democracia, que es confundirse rápidamente con su propio fin. La clase dominada no debe únicamente su identidad a la división de la sociedad en clases, sino también a su propia división. El sistema de un partido único implica una sociedad sin clases, a no ser que se deseé ser el instrumento de una impostura, o sea, de una dictadura del proletariado. Antes y durante el período de transición al socialismo, la coexistencia de las organizaciones de masas del socialismo con los partidos burgueses no puede ser recusada por aquellos que olvidan que las libertades burguesas sólo se ven amenazadas por la propia burguesía y no por los trabajadores que sólo recogen las migajas y que quieren despojarlas de sus privilegios de clase. De igual modo, la riva-

lidad entre los partidos obreros marca, en el plan de las instituciones políticas, una etapa indispensable de la dialéctica de la unidad.

Comunistas o socialistas, las organizaciones políticas del movimiento obrero se autodesignan tradicionalmente como siendo a la vez partidos de masa y de clase. Pero esta medida, para conservar el carácter de una organización de masas, ¿no se ve llevada a dejar de comportarse como un partido de clase, ya sea aumentando su base de clase, ya sea abandonando su papel de vanguardia y haciéndose cargo de nuevo del reformismo "espontáneo" de la clase obrera?

El obrerismo

Hasta la primera guerra mundial, la base y la posición de clase de los partidos obreros coincidían aunque sólo fuese aparentemente: los partidos obreros eran básicamente partidos obreros. Desde entonces, la extensión del salariado a la mayor parte de la pequeña burguesía y los fenómenos de proletarización relativa que han venido a amenazar el estatuto de un número cada vez mayor de miembros de las capas medias, han modificado la composición sociológica de las organizaciones de masas del socialismo. Su base de clase ha aumentado, pero esta evolución no se ha producido sin tensiones internas. El obrerismo caracteriza la resistencia del movimiento obrero a adaptarse a la amplitud y carácter complejo del proletariado. Como si hubiese una unión mecánica entre la estructura sociológica de una organización y sus posiciones de clase, las burocracias políticas explotan la misión escatológica de la clase obrera para justificar la monopolización del poder, en el partido o en el Estado, para aquellos que se han otorgado el derecho exclusivo de hablar en su nombre.

De modo contrario a una idea común, el obrerismo también se ha extendido entre las organizaciones social-demócratas y entre los partidos de tipo bolchevique. Tan sólo su modo de utilización es diferente. La manipulación de los obreros se ve acompañada por una idealización de la clase obrera. Así, por ejemplo, en Francia, el discurso voluntariamente obrerista de la SFIO de Guy Mallet ha encubierto siempre prácticas de colaboracionismo de clase. De un modo general, el obrerismo de una organización constituye siempre para ella el medio de escamotear un retraso o un rechazo de la conciencia de clase de sus militantes. También le sirve a veces de argumento para resolver los problemas que, en este aspecto, le plantean sus intelectuales.

D. MOTCHANÉ Y J.P. CHAVENEMENT,

Clefs pour le socialisme, 1973.

LA CONVERGENCIA DE LA SOCIAL-DEMOCRACIA Y DEL CENTRALISMO BURECRATICO.

Puede parecer paradójico asociar en el mismo tipo de crítica organizaciones cuya estructura, costumbres y sensibilidad son tan dispares como las de los social-demócratas y comunistas ortodoxos. Sin embargo, este paralelismo sólo extrañará verdaderamente a quienes no los conocen bien o a quienes fingen olvidar, por interés político, el profundo parentesco que estas diferencias encubren.

Dicho parentesco proviene, en primer lugar, del carácter oligárquico de sus partidos. A través de medios opuestos, comunistas o social-demócratas han entregado el socialismo a la discreción de unos cuantos millares de pequeños propietarios. Para los comunistas, son los permanentes del partido, militantes que le han consagrado sus vidas pero que el partido consagra en cambio como los detentadores exclusivos de la verdad del socialismo y los portavoces patentados de las masas. En el caso de los social-demócratas, los verdaderos permanentes del partido no son sus funcionarios sino sus diputados y alcaldes. Permanentes del partido comunista y notables social-demócratas, son factores de rigidez y de esclerosis ante los cuales la organización resiste tanto menos cuanto que acaban por confundirse con ella. Tales estratos aluvionarios depositados entre la base y la dirección, entre las masas y el partido, perpetúan el dominio exclusivo de una dirección cooptada.

El monolitismo era, en efecto, un rasgo común al partido comunista francés y al antiguo partido socialista SFIO. Monolitismo de hecho, y no de expresión, en el caso de los social-demócratas, pero no por ello menos rígido. Su funcionamiento dependía de la combinación de dos mecanismos simples. El primero era el principio de la irresponsabilidad política total del secretario general del partido. El comité director era considerado como el único organismo dirigente y responsable del partido durante los intervalos que iban de un congreso a otro. Guy Mollet puede pretender haber pasado 25 años a la cabeza de su partido aplicando decisiones que desaprobaba. ¿Acaso el secretario general personificaba la transparencia en la continuidad? Continuidad tanto más asegurada cuanto que el mecanismo de designación del Comité Director la situaba ampliamente de hecho entre sus manos. Sabemos que, efectivamente, los miembros del Comité Director eran elegidos según un escrutinio mayoritario, antes de la discusión y votación del texto de orientación del partido, según unas listas de candidatos en su gran mayoría desconocidos por casi todas las delegaciones de las federaciones (departamentales). El secretario general y sus acólitos, en cambio, los conocían a todos. Eran los únicos susceptibles de orientar los votos de los delegados a su antojo. A pesar de las apariencias, y el debilitamiento progresivo de un poder en declive, al igual que el prestigio del par-

tido, Francia no ha conocido otra dirección política más staliniana que la de la antigua SFIO.

La segunda convergencia entre la social-democracia y los partidos comunistas ortodoxos reside en la impotencia común para servir al internacionalismo proletario. La evolución de la social-democracia europea ha conducido a ésta hasta la traición abierta. Desde que el stalinismo y la guerra fría empujaron a las grandes organizaciones social-demócratas del lado del imperialismo, éste ha encontrado siempre en ellas sus mejores apoyos en Europa. De esta forma, tal como la concibe y la practica la gran alianza social-demócrata cristiana, el desarrollo de las instituciones europeas no tiene otro contenido político que el de la racionalización de la colaboración de clases a escala de Europa y la constitución a nivel de la CEE de un sistema de relevos indispensables para el funcionamiento del capitalismo internacional de los Estados. La construcción europea es un medio para resolver las contradicciones secundarias del capitalismo internacional y para confirmar en definitiva la supremacía de su polo predominante, los Estados Unidos. La ineptitud de la burguesía europea para determinar una posición común frente a los Estados Unidos cada vez que los intereses vitales del capitalismo americano se hallan en juego, demuestra regularmente el carácter de clase de dicha estructura y los verdaderos condicionamientos de la Europa de los Estados Unidos.

Exceptuando a los Escandinavos, ninguna social-democracia ha sido nunca capaz de desmarcarse de las intervenciones americanas en el Vietnam o en América Latina. En Francia, la renovación del partido socialista de Epinay ha permitido a su ala izquierda una reorientación del partido a este respecto. Pero si bien en este partido las posturas de política exterior adoptadas en su propio programa denotan una profunda ruptura en relación a las de la antigua SFIO, la herencia social-demócrata está lejos de haber sido rechazada completamente.

En efecto, la social-democracia prolonga en el campo de la política exterior su negativa a reconocer e impulsar la lucha de clases. A este respecto, la voluntad de extender a cualquier precio el ámbito y las competencias de las instituciones europeas, sin ninguna vinculación con la relación de fuerzas reales y las situaciones de clase que expresan, es, para la derecha del partido socialista actual, coherente con el conjunto de sus posiciones políticas. La percusión quimérica de una Europa en la que los social-demócratas serían mayoritarios a nivel de las instituciones constituye para ella un mito político al cual se aferra desesperadamente. No sólo porque no ha encontrado nada mejor para enmascarar su indigencia ideológica, sino también porque comporta, para aquellos que sólo aparentemente se hallan ligados a la estrategia unitaria de su partido, el beneficio secundario de proporcionarles, para excomulgar a los comunistas, la línea de retaguardia (retirada) que precisan. Tras la conclusión de la unión de la izquierda, el combate por la Europa burguesa se convierte más que nunca, en manos de los socialistas burgueses, en el refugio que esperan sea provisional, de una esperanza de tercera forma que no pueden evocar abiertamente.

En lo que a ellos respecta, los comunistas continúan prisioneros, en el plano del internacionalismo proletario, de su incapacidad de superar las contradicciones que oponen los intereses del Estado soviético a los de la revolución mundial.

La ambigüedad de su postura proviene de que en el campo internacional de la lucha de clases el Estado soviético juega un papel ambivalente. Haciendo de contrapeso del imperialismo, su contraimperialismo no deja de ser un imperialismo. Tras haber frenado la revolución en la etapa del capitalismo de Estado, el régimen de la Unión Soviética se ha convertido en un adversario objetivo de la revolución, porque presenta el ejemplo de un socialismo desnaturizado y porque aplasta por la fuerza, como en Budapest y en Praga, las tentativas de liberación comunista que nacen en los países sometidos a su imperio. Los maoístas franceses —pero no los chinos que reciben a Nixon en Pekín—, asimilan someramente la política de la coexistencia pacífica en la práctica de la colaboración de clases, salvo si tomamos en concepto en un sentido absoluto según el cual es la única relación de clase que escapa a cualquier complicidad. No es seguirlos en esta exageración el constatar la persistencia de una complicidad objetivamente reaccionaria entre la Unión Soviética y los Estados Unidos para ligar el mantenimiento de la paz nuclear al reparto del mundo establecido en Yalta. Pero la paz nuclear no es la paz mundial; es únicamente un modo de conflicto en el que los fuertes y los ricos no se hacen directamente la guerra sino que la hacen con la interposición de los países pobres.

En el plano del internacionalismo proletario, sabemos que los partidos comunistas de la III Internacional oscilan entre el policentrismo y la doctrina de la soberanía limitada. En realidad, el partido italiano es el único en haberse pronunciado absolutamente y sin romper su unidad por el policentrismo, es decir, la negativa de reconocer un papel director al partido comunista de la Unión soviética. En cuanto a la doctrina de la soberanía limitada, justificación póstuma de la intervención de la intervención en Checoslovaquia, si los partidos comunistas de los países capitalistas la rechazan casi unánimemente, también es verdad que son los únicos a los que ésta no amenaza directamente. Los comunistas franceses tienen por costumbre tildar de anticomunistas a quienes reconocen el carácter imperialista del Estado soviético, y hay que confesar que a menudo tienen razón. El antisovietismo es la forma más extendida, porque es la más fácil, del anticomunismo. Pero, más que nadie en Francia, el partido comunista podría hacer mucho para arrancar al comunismo la máscara que Stalin y sus herederos todavía le abigan a llevar. La Unión soviética ha sido el país de la revolución. No se ha convertido en el país del socialismo, excepto para dos generaciones de militantes comunistas. En primer lugar porque ha sido la esperanza de los trabajadores, durante y después de la revolución, y durante la guerra contra el fascismo. Posteriormente y siempre, porque una organización de masas resiste mal a la tentación de sus militantes de una encarnación histórica ejemplar. La revolu-

ción parece más próxima cuando se sabe que ha tenido éxito en otro lugar. Cuando en agosto y septiembre de 1968 el partido comunista francés, por vez primera en su historia, tomó la decisión de desaprobar públicamente una acción realizada por la Unión soviética, esta postura suscitó en el seno del partido reacciones muy vivas por parte de numerosos permanentes y de viejos militantes. En una organización bien integrada no se tocan impunemente los artículos de fe.

Pero si el partido comunista francés continúa identificando con tal fuerza, a pesar de la distanciación después de 1968, la verdad del comunismo con su falsedad soviética, se debe sin duda a razones más profundas.

Es aislamiento histórico del partido comunista, reforzando su justo sentimiento de la traición del movimiento obrero por la social-democracia, no podía por más que ligarlo estrechamente a un Estado y a una organización que se reclamaban sin cesar como continuadores de Lenin. Pero más fuertes aun que los lazos históricos y estratégicos son sin duda los de la afinidad instintiva que acerca una a otra dos burocracias políticas construidas sobre el mismo esquema. Entre las múltiples razones que motivaron la intervención soviética en Checoslovaquia, la más decisiva, y quizás la única decisiva, habrá sido el hecho de que la clase política soviética tenía que considerar forzosamente como intolerable el cuestionamiento, en un país comunista, del monopolio del poder por la clase política. En la Unión soviética, los funcionarios del partido, del Estado y de las empresas no son elegidos en última instancia según su competencia o la confianza popular, por mucho que esta competencia o confianza popular no sea extraña a su elección.

La evolución que, en Checoslovaquia, tendía a subordinar la confianza en el partido a la confianza en las masas, creaba un precedente que fue considerado por la clase dominante de la Unión soviética como una amenaza para su propio poder. Por razones del mismo tipo, el centralismo burocrático y la identificación de los intereses del internacionalismo proletario con los del Estado Soviético están, en el Partido comunista francés, íntimamente unidos.

Las posturas internacionales de las organizaciones del movimiento obrero demuestran con claridad meridiana las desviaciones a las que puede ser conducido el socialismo por el abandono de la dialéctica. Debido al hecho de que la socialdemocracia consideraba al imperialismo stalinista como una regresión del movimiento obrero y como una amenaza para su porvenir, y efectivamente lo era, se lanzó en los brazos del imperialismo americano. En cuanto a los partidos comunistas occidentales, les bastaba constatar que la Unión soviética jugaba efectivamente un papel progresista oponiéndose a los Estados Unidos para olvidar que, según hacía Lenin, un pueblo que opriime a otro pueblo no puede ser libre. No cabe duda de que tanto en el campo de las relaciones internacionales como en el interior de cada nación la acción política conduce a la simplificación. Pero si la lucha de clases impone la elección de un campo, esta elección jamás debe conducir al abandono de una línea correcta, a ocultar las contradicciones que

obstaculizan la progresión del socialismo. Nada es totalmente blanco o negro, y es precisamente para conciliar la necesidad de elegir sin eludir la complejidad de cualquier elección por lo que el socialismo necesita organizarse sobre bases efectivamente democráticas.

El socialismo

Surgidas de la unión del socialismo y del movimiento obrero, ¿están las organizaciones revolucionarias de masas condenadas a no tener más elección que la stalinización o el aburguesamiento? ¿o tal vez una mezcla de ambos? Si el fracaso ejemplar del PSU acaba de aportar en Francia una prueba suplementaria de que no hay más acción política eficaz que la de las masas organizadas, ¿es necesario resignarse a dejar morir prematuramente al socialismo en sus propias organizaciones? Sin organización ideológica y política el movimiento obrero no puede tener ni conciencia ni práctica revolucionarias. Pero toda la historia del socialismo gira en torno a dos grandes desviaciones de la conciencia y de la práctica revolucionarias engendradas por el marco capitalista en las organizaciones del movimiento obrero.

La primera en el tiempo y en extensión ha sido la socialdemocratización del socialismo. Es la línea de mayor pendiente del movimiento obrero, inmerso en la colaboración de clases. Seguro que hay grandes diferencias en las sucesivas deformaciones impuestas al movimiento revolucionario por el incumplimiento de la revolución. La social-democracia, denominación común a todas las organizaciones políticas del movimiento obrero antes de la revolución de Octubre, ha conservado largo tiempo una ideología revolucionaria (cuya vitalidad, hasta los años 30, viene ampliamente demostrada por el austro-marxismo) Pero la separación creciente entre una teoría revolucionaria y una práctica que cada vez lo era menos no podía conducir más que al abandono, por parte de la social-democracia, de toda armadura marxista. La llegada del fascismo termina una ruptura ideológica del movimiento obrero que la Gran Guerra había promovido: la social-democracia moderna sólo ha conservado su influencia sobre la clase obrera abandonándose, en Alemania y en los países escandinavos y, como siempre lo había hecho, en Inglaterra, a la ideología dominante; en Francia, donde la influencia marxista ha sido superficial durante muchos años, y en Italia, donde la creación del Partido Comunista tuvo lugar poco después de la estructuración del movimiento obrero, el arraigo obrero de la social-democracia se ha perdido casi totalmente.

Pero entre la social-democracia marxista alemana y austriaca de principios de siglo y la del programa de Godesberg, pasando por las variedades intermedias del molletismo de la SFIO o del nennismo del PSI, la derivación es lenta pero incontestable. La primera teorizaba la lucha de clases pero la practicaba mal, la de Mollet la invocaba sin practicarla, la de Brandt le vuelve la espalda. La social-democracia corresponde a una estrategia del movimiento obrero que intenta conservar y desarrollar la dimensión de masas de sus organizaciones,

sacrificando su carácter de clase.

La conquista del poder del Estado por la revolución bolchevique ha sido el punto de partida de la desviación stalinista del socialismo. El desarrollo, en los países capitalistas europeos, de los partidos comunistas construidos según el modelo leninista después de la revolución proletaria en Rusia y del fracaso de su extensión a Europa, ha correspondido a la voluntad de proteger al movimiento obrero de las influencias de la sociedad burguesa, constituyendo en el interior del capitalismo el reducto de la revolución. Pero si bien los partidos comunistas eran una respuesta a la "traición" social-demócrata, no podían dejar de experimentar a su vez y a su manera la presión de una coexistencia prolongada con el enemigo de clase. E incluso, si bien la extrema jerarquización de sus estructuras atenúa la corrosión ejercida por el medio capitalista, les predispone a recaer, bajo otra forma, en la esclerosis burocrática que ya hace tiempo que se ha apoderado de los partidos social-demócratas. Mientras el socialismo social-demócrata termina siendo propiedad privada de una red de notables, el socialismo de los comunistas no escapa a la de sus permanentes. Ni la dimensión de masa de sus organizaciones, ni sus estructuras llegan a preservar realmente al movimiento obrero de los peligros de la colaboración de clase; la favorecen o la obstaculizan según el nivel de conciencia revolucionaria de los trabajadores.

La democracia intuitiva y el socialismo asintótico son enfermedades congénitas del movimiento obrero en el que, con el tiempo, tanto el leninismo como la social-democracia favorecen su desarrollo. Estas dos desviaciones testimonian al respecto, al margen de sus diferencias, un profundo parentesco.

La democracia intuitiva es el resultado de la tentación de considerar que la conciencia revolucionaria de una minoría puede sustituir de forma completa y duradera a la de las masas. Es el mecanismo de todas las oligarquías. El basismo, que adopta la postura opuesta, cayendo por reacción en la experiencia contraria, idealiza a la clase obrera y desconoce el papel y la misma existencia de una vanguardia. Favorece todas las manipulaciones sin ni siquiera confesárselo. En cuanto al socialismo asintótico del que la social-democracia francesa ofrece tantos ejemplos memorables, confunde el pataleo estacionario con una larga marcha. El alejamiento del objetivo justifica la inacción. Hablar de la revolución hace que ya no se daba preparar. En realidad, la síntesis de los socialistas burgueses siempre está por detrás de ellos. Es el modelo soviético, cubano o chino del socialismo, o el resurgir obrerista.

Hoy la historia revolucionaria puede dar una respuesta a las preguntas que siempre se ha hecho. Pero esta respuesta no es totalmente clara. ¿Puede el socialismo salir de la contradicción que condena a todas las organizaciones revolucionarias a confundirse, pronto o tarde, con su propia finalidad? La subversión no se organiza sin pervertir a la organización. Para los que rechazan el principio de la organización de masas o sólo admiten platónicamente su necesidad, una estética revolucionaria puede sustituir a la política revolucionaria, pero el socialismo tiene otras exigencias. Al revelar

tica revolucionaria, pero el socialismo tiene otras exigencias. Al revelar que las organizaciones del movimiento obrero no disponían de medios para lograr sus propósitos, la crisis de Mayo del 68 ha demostrado que hay que transformarlas en lugar de suprimirlas. El movimiento obrero busca hoy más que nunca los medios de expresión política que necesita.

No los encontrará en el conformismo revolucionario. Existen dos especies. Una pretende hacer tabla rasa de la herencia histórica de los partidos y sindicatos, sin comprender que no se puede destruir sino lo que ya ha sido reemplazado. La otra se instala en la inercia confortable de las estructuras y las ideas. Estas dos aberraciones son complementarias y se apoyan mutuamente; su unión hace estéril la provocación, que se ha convertido en la forma habitual de comunicación entre los que los comunistas llaman izquierdistas, y los que los izquierdistas llaman reformistas.

Como en el pasado, la revolución no vendrá de un partido(s) de masas que la afiance(n). En Francia, hoy, la constitución de un partido se ha convertido en una exigencia elemental del socialismo.

Si hay una elección que hay que sacar de la historia del movimiento obrero, especialmente de la más reciente, es la constatación de que un partido de masas no es nunca, por sí mismo, estáticamente y en toda la extensión de sus estructuras y de su duración, una organización revolucionaria. Pero puede llegar a serlo en el momento oportuno. La idea de que una organización de masas pueda ser siempre un partido duro y puro no es más que una fantasía, o lo que es lo mismo, palabrería grupúscular. El hecho de que la voluntad y aptitud revolucionarias nunca hayan sido —ni lo serán nunca— permanentes de una organización de masas no reduce en absoluto al socialismo a no tener más opción que el leninismo o la social-democracia. Tanto si se trata de hacer la revolución como si se trata de darse los medios para ello, es decir, de hacer un partido socialista, la ruptura con la ideología dominante no puede ser a nivel político, lo que es para un "revolucionario" a nivel individual; es decir, un punto de partida. La ruptura revolucionaria se da al final, o más bien a lo largo de un proceso de desbordamiento; la ruptura es el resultado del desbordamiento y no a la inversa.

Y sin embargo, para la acción de masas no hay más desbordamiento duradero que el que es el resultado de un desbordamiento interior. Así, la organización de la lucha revolucionaria pasa por la organización de un partido de masas que no puede escapar de la inercial social-demócrata más que bajo el impulso permanente de un núcleo revolucionario. Este es el sentido de la reconquista socialista de la social-democracia francesa, cuya iniciativa ha tomado el CERES desde hace unos años. No se trata de inventar la revolución para los demás, sino de preparar las vías por las que pasará, a través del partido, a las masas. Es durante la crisis revolucionaria cuando un partido de masas se convierte en revolucionario, siempre que antes haya sabido desarrollar en su seno una tensión suficiente como para arrancar al socialismo del destino que, en la sociedad burguesa, se llama social-democracia.

L. BASSO "Sindicalismo y política en la sociedad industrial contemporánea" 1969

MODELO DE PARTIDO Y ESTRATEGIA DE LUCHA POR EL SOCIALISMO

El modelo del partido tal como lo conocemos ha sido construido casi siempre en respuesta a las exigencias de la lucha parlamentaria o de la lucha revolucionaria tradicional, de tipo ruso o chino. Pero un partido que quiere guiar al proletariado en una batalla que con fines revolucionarios se lleva a cabo todos los días y en todos los sectores de la sociedad, debe tener necesariamente una estructura distinta. En primer lugar, debe darse cuenta de que su actividad no puede permanecer en el terreno político propio de la sociedad burguesa, es decir, en el terreno parlamentario (por importante que sea o en tanto que reflejo de las luchas existentes en el país), sino que debe investir el tejido de las relaciones sociales mismas; porque es sólo así como puede organizar y guiar a mas masas en tanto que éstas no son votantes abstractos sino hombres concretos, insertados en relaciones sociales bien determinadas y movidos a luchar por circunstancias y razones precisas.

La democracia representativa no está en posibilidad de expresar, y menos aun de realizar, la voluntad de estos hombres reales que, para sus necesidades concretas crean continuamente nuevas estructuras, nuevas formas de asociación, nuevas instituciones. Los partidos, en organización actual, permanecen casi siempre más allá de esta realidad multiforme y, aun cuando obtienen una amplia adhesión a los principios generales que enuncian, no siempre logran coordinar ni guiar las luchas que parten de centros de vida social diversos y mal ligados entre sí. Es urgente, pues, que los partidos se adapten a la evolución real y sepan detener al hombre real allí donde nace su interés por la lucha, allí donde se forma su conciencia antagónica a la realidad burguesa, de manera que se sienta participar en la vida del partido; y que el partido ligue más estrechamente a la experiencia vivida por los trabajadores sus opciones políticas y las batallas que realiza.

En otros términos, se trata de fortalecer al máximo la corriente que va de la base a la cima, de referirse a la experiencia de la base, de alentar la iniciativa de las masas, de apoyarse en esta experiencia y en esta iniciativa para remediar la ausencia de poder democrático sostenida por las instituciones burguesas, y para favorecer el nacimiento de los órganos necesarios para este tipo de lucha...

Es un hecho que semejante línea de acción exige un tipo de organización que penetre en todos los núcleos de la vida social para interpretar sus exigencias más profundas, para actualizar el potencial de lucha y evitar así que el partido se aísle o gire en el vacío.

Porque allí reside el peligro que lo acecha hoy. Peligro ya visible en la escasa asistencia a las reuniones; en la baja de los efectivos y de la difusión de los periódicos de partido; en el desapego a los partidos que, en Francia por ejemplo, se traduce en una proliferación de clubes que polarizan el interés político de sectores bastante dinámicos; y, de una manera más general,

se ha convenido en llamar la despolitización y que expresa probablemente un desapego no de la política, sino de la manera de practicarla.

CLAUDE LEFORT, ¿Qué es la burocracia?, 1970.

FUNCIONES DEL PARTIDO

El partido no es un atributo permanente del proletariado, sino un instrumento forjado por él para la lucha de clase, en un momento determinado de su historia.

Lo que tenemos por tanto que preguntarnos es: ¿a qué necesidad corresponde la constitución de un partido? ¿Está, o no, superada su función? De lo que se trataba era de que la clase eliminara la dispersión de sus luchas, de que las coordinara y las orientara a la vez hacia un objetivo único: la destrucción de la burguesía. La clase necesita afirmar objetivos permanentes y esenciales, que superen los intereses particulares de tal o cual de sus capas, y efectuar una acción pensada y concertada. "Ideológicamente", el partido representa el esfuerzo de la clase para pensar su lucha de una forma universal.

iniciativas en relaciones sociales que permitan vivir y luchar por el cambio social.

La dimensión representativa no es, en su esencia, negativa, y tanto más de realidad. La voluntad de estos partidos responde, para más personalidades colectivas, a una conciencia resuelta, firme, de fuerza de asociación, cuyas instintos son: los partidos, en consonancia con el, permanecen casi siempre en el ala de una pluralidad multiforme, y que rara vez abandona una simple adhesión a los principios generales que sostienen, de modo tan poco convencido, si guisa, las luchas que parten de dentro de una misma situación y una laguna entre sí. Es urgente, pues, que los partidos no abandonen la voluntad real y sepan detener al hombre real allí donde nace su conciencia con su fuerza, allí donde se fija su conciencia entre "común" e "individual". Tampoco, de manera que se haga participar en la vida de los individuos, en ese mundo líquido que corresponde a la experiencia vivida por los individuos, sus opiniones políticas y las batallas que realiza.

En estos términos, se trata de fortalecer el espíritu la conciencia que va de la base en la base, de adherirse a la experiencia de la base, de montar la iniciativa de los individuos en su propia fuerza y en esta iniciativa para restringir la dominación de poder dominante impuesta por las instituciones burguesas, y para favorecer el cumplimiento de las funciones necesarias para este tipo de lucha.

Es así hasta que adquiere una fuerza de acción propia un tipo de organización que pretenda no solo la fuerza de la vida social para intervenir las exigencias más profundas, pero también el potencia de hecho y evitar así que el partido se pierda en el vacío.

Resumiendo el resultado que lo precede hoy, podemos escribir en la base resistencia a las divisiones, en la base de los efectivos y de la difusión de las perspectivas de partido, en consonancia con las luchas existentes, en la base de la acción, se traduce en una multiplicidad de choques y polarizaciones, de lucha de partidos, de lucha de sectas, de lucha de ideologías, de una serie de choques.

LA EXPERIENCIA PROLETARIA: CLASE Y PARTIDO

La oposición de lo objetivo y de lo subjetivo, de la condición y de la conciencia de clase es arbitraria si se le da un sentido absoluto. ¿Qué concluimos? ¿Que todo es idéntico? Esa idea impediría cualquier acción, y difícilmente puede ser aceptada por un marxista.

La experiencia del proletariado, su praxis, es el movimiento histórico mediante el cual asimila sus condiciones de existencia (o sea su modo de producción y las relaciones sociales que corresponden a 'el'), se "realiza" en tanto que clase organizándose y luchando, y elabora el sentido de su oposición al capitalismo. Esa experiencia tiene diferentes niveles, pero se realiza en cada uno de ellos; y ya en ese nivel primario que constituye la producción, puesto que aunque ésta le sea impuesta, es la clase quien la efectúa y le da un sentido; de suerte que el proletariado siempre tiene que habérselas consigo mismo, con su propia actividad, con los problemas que le plantea su situación en la sociedad capitalista. De lo que se trata desde este punto de vista es de comprender la lucha revolucionaria insertándola en la experiencia total de la clase. No hay que estudiar en sí misma la dinámica de la revolución rusa, sino vincularla con un proletariado singular, situado en condiciones de producción históricamente determinadas, que mantiene con las otras clases explotadas relaciones que son distintas de las de cualquier otro proletariado de Europa. Hay que ver en la organización del bolchevismo, en su centralismo riguroso, no un rasgo necesario del movimiento obrero, sino una solución determinada al problema de las relaciones entre la masa y su vanguardia. De lo que se trata entonces es de saber cómo la política bolchevique "expresa" a la vez la madurez y las dificultades del proletariado ruso. De modo más general, a lo que llegamos es a plantear el problema del sentido del partido en la experiencia obrera, y particularmente en la época contemporánea. Pero ese es justamente el problema que algunos quieren esquivar a toda costa, ya que creer que el partido no es la encarnación de la clase, sino su expresión, y admitir que puede expresar tanto las contradicciones como el progreso de la clase, es aceptar la posibilidad de una crítica del stalinismo.

Esa crítica consistiría necesariamente en buscar el fundamento económico y social de la política y del modo de organización del stalinismo- y en aclarar su relación con la lucha del proletariado por su emancipación. A ese respecto, parte de los mismos principios que la crítica leninista de la socialdemocracia reformista. Como ésta, el stalinismo no puede ser considerado un accidente o un fenómeno psicológico de traición; tiene un sentido histórico y una función en la sociedad; no arrastra a las masas por azar; está ligado a un momento de la experiencia obrera, y su papel contrarevolucionario se revelará porque contradice esa experiencia.

Lo primero que hay que admitir es que la política y la organización del sta-

linismo, a escala internacional, tienen un carácter burocrático. Llamamos política burocrática a una conducta del mando que hace del proletariado un elemento pasivo, utilizado, lanzado a combates o comprometido en alianzas sin tener en cuenta su evolución consciente, al que se intenta imponer sucesivamente ideologías diferentes, sin que la elaboración, la discusión, la justificación de la concepción del momento, salgan del marco de una pequeña minoría de dirigentes. Llamamos organización burocrática a un cuerpo estrictamente disciplinado y jerarquizado cuya base no tiene ningún control sobre la dirección.

El "burocratismo" no es un fenómeno nuevo en el movimiento obrero, y se puede descubrir en éste una tendencia permanente a restablecer en su seno la división estricta entre dirigentes y ejecutantes que caracteriza a la sociedad de explotación. Esa tendencia es patente en la social-democracia reformista (recuérdese la descripción que da Rosa Luxemburgo en el caso de Alemania) y aparece, aunque contrarrestada por la actividad de los obreros y por la crítica de Lenin, hasta en el bolchevismo. En su aspecto más profundo, traduce las dificultades de una clase aplastada por la explotación, que debe, para organizarse, resolver innumerables problemas teóricos y prácticos, y que acaba por confiar a una minoría el papel de dirección, aunque su actividad revolucionaria y sus aspiraciones comunistas propias supongan que suprime toda relación de dominio en su seno e inaugura un nuevo modo de acción, colectivo. Lo que tiene de nuevo el stalinismo es que, por vez primera, la burocracia aparece como una verdadera capa social, se unifica a escala internacional y adquiere una estabilidad histórica. Esa cristalización burocrática es a la vez de tipo social, económico, e ideológico. Si examinamos el proceso de organizaciones de la clase veremos que la concentración cada vez más acusada del proletariado, la reunión de importantes capas de trabajadores en tareas de producción idénticas, y la experiencia de las luchas de después de la primera guerra mundial (junto al reforzamiento del poder del Estado y la concentración capitalista a escala internacional), además de hacer que masas cada vez más considerables de trabajadores pasaran a la acción política, constituyeron el fundamento de la exigencia de una dirección centralizada de la lucha a escala internacional. Pero el mismo proceso que tiende a diferenciar a una capa de dirección y la convierte en delegación permanente de los intereses de la clase la lleva a ligarse a fuerzas sociales ajena al proletariado. Ese camino parece desde luego incomprendible o puramente accidental si se reduce la historia a la psicología. ¿Por qué una vanguardia que en un principio se reúne para la defensa y la emancipación de la clase, acaba por darse fines propios? Porque la distancia ideológica entre ellos y la clase que crean los partidos de la III Internacional cuando pretenden prescribirse sus fines, imponerle el sentido de su marcha, en una palabra, transformarla en masa de ejecutantes, es ya una distancia "social"; es el movimiento mediante el cual la burocracia se incorpora idealmente a las clases explotadas. Esto no significa que un modo de pensamiento burocrático determine la constitución

de una capa social específica; lo que decimos es que tiene el mismo sentido actuar como aparato de mando, instituir en un grupo relaciones de carácter militar, tener de la clase la imagen de una masa inconsciente, y pasar a formar parte del sistema de explotación. Sin embargo, la naturaleza de esa incorporación al sistema no es la misma en el caso del stalinismo y en el de la social-democracia. Esta identifica sencillamente sus intereses con los de la burguesía dominante; para el stalinismo, su propio desarrollo implica una lucha a muerte contra la burguesía. Y para explicar esta diferencia, hay que situarla en una perspectiva histórica, la de la transformación del capitalismo y la de la experiencia que el movimiento ha efectuado durante su lucha contra la burguesía. Si el reformismo pudo convertirse en ideología dominante de la III Internacional es a la vez porque el capitalismo podía conceder reformas y porque su decadencia (que demostraba la teoría marxista), el proletariado no la había comprobado en la práctica. Después de la primera guerra mundial, es imposible que la burocracia más dinámica de la clase obrera vaya, como se dice, a remolque de un capitalismo que parece ya incapaz de hacer progresos, que sigue concediendo algunas ventajas a ciertas capas obreras, pero que sólo puede proponerle una condición un poco menos miserable, y que parece engendrar necesariamente un ciclo permanente de crisis y guerras. La oposición radical del stalinismo a la burguesía no traduce pues a priori la acción revolucionaria de las masas, como creyó siempre Trotski, sino, esencialmente, la incapacidad de la burguesía de ofrecer a la "aristocracia" y a la burocracia obrera una perspectiva histórica de progreso. Mientras que la burguesía demuestra su carácter parasitario y regresivo y su irracionalidad, toda una serie de transformaciones económicas permiten vislumbrar la posibilidad de un nuevo modo de explotación que sólo podría triunfar en Europa, al menos en principio, mediante la eliminación de la capa dirigente actual. La concentración monopolística, el poder cada vez mayor del Estado en la economía, el desarrollo del maquinismo, la racionalización de la producción, la explotación intensiva del proletariado que todo ello acarrea, confieren, en el propio marco del sistema actual, una importancia que no tenían tanto a la burocracia administrativa y técnica como a la del trabajo. Esas burocracias siguen siendo claramente ajenas unas a otras desde un punto de vista ideológico, pero la burocracia obrera sólo puede concebir un porvenir autónomo (tanto respecto a la clase obrera como respecto a la burguesía reinante) situándose en la perspectiva de su unificación futura, y de la gestión estatal de la economía. Podría ya darse esta interpretación del stalinismo europeo antes de precisar cuál es su relación con el régimen que existe en la URSS. Pero no cabe duda de que el contecimiento que ha desempeñado un papel decisivo en la expansión y en la conciencia que toma de sí misma la burocracia stalinista es que esa dominación de la burocracia obrera se ha convertido en algo real en un país real, el que haya por fin un lugar donde ha logrado obtener un fundamento económico, reu-

nir todas las funciones de gestión de la sociedad, y conducirse como una clase a expensas del proletariado, gracias a la apropiación colectiva (colectiva para ella, como capa dominante).

Pare definir las relaciones del stalinismo con el movimiento obrero, hay que buscar las razones que han hecho que la clase, en su mayoría, haya aceptado su política, y ver al mismo tiempo en qué sentido, sin embargo, la clase no es lo que esa política quisiera hacer de ella. Ya dijimos que el stalinismo era la respuesta a una necesidad del proletariado, pero lo importante es saber por qué, a pesar de su estrategia, abiertamente contrarrevolucionaria en algunos momentos, ha seguido encauzando la energía de los obreros. Y no basta con hablar de la influencia que también tuvo el reformismo durante mucho tiempo; la fuerza de la del stalinismo es otra cosa. Ya que su política no consiste en amortiguar la violencia obrera, sino en utilizarla para sus propios fines; no tiene como objetivo, históricamente, un compromiso con la burguesía, sino que trata de eliminarla; no es pues conservadora —en el verdadero sentido del término— sino, en función de sus propios intereses, revolucionaria. Cuando el stalinismo trata de frenar el desarrollo de un movimiento de masas porque teme que su autoridad sea eliminada por una vanguardia lúcida, o que la influencia del partido sea puesta en entredicho por una dirección nacida de comités de fábrica o de soviets, su acción, en la mayor parte de los casos, no consiste en llegar pura y simplemente a un compromiso con el poder burgués, sino en sofocar el movimiento en nombre de consideraciones estratégicas que parecen quedar justificadas por su oposición histórica a la clase dominante. Y hasta cuando el stalinismo colabora tácticamente con la burguesía, esa colaboración no es considerada como una traición porque se inscribe en la perspectiva de la conquista del Estado, y porque la existencia de la URSS garantiza que esa perspectiva tiene un fundamento real. Sin embargo, no es la oposición común a las capas capitalistas dominantes lo que justifica el apoyo de las masas al stalinismo. Sería superficial creer que lo único que define al proletariado es su hostilidad al poder existente, y que esa actitud es siempre la misma, cuálquiera que sea el partido al que apoya. No son las ilusiones de las masas el único fundamento de la fuerza del stalinismo, como tampoco lo eran de la del reformismo. En cierto modo, la clase comparte algunas de las aspiraciones de la burocracia; la reorganización de la industria sobre bases más racionales, la eliminación de la crisis y del paro, la planificación de la vida social, encuentran eco en las masas, aun cuando vislumbren que esa transformación no suprimiría la explotación y no les conduciría a la verdadera emancipación. Sin embargo, por fuerte que sea la influencia del stalinismo, sólo puede ejercerse con una condición: tiene que ser una oposición, privada de toda participación en el poder. Si gobierna, su carácter anti-proletario se descubrirá necesariamente; para los obreros rusos y checoslovacos, la planificación y la racionalización son en primer lugar planificación y racionalización de su explotación; para los obreros franceses, en 1947, se esbozaba ya una experiencia que levantaba violentamente a parte de ellos contra su

burocracia. Ahí está la contradicción fundamental del stalinismo. Pero una cosa es decir que el proletariado debe tomar necesariamente conciencia de su oposición a la burocracia, y buscar los signos actuales de esa experiencia, y otra el saber si el futuro le permitirá traducir positivamente esa oposición haciendo fracasar a sus nuevos explotadores. Bástenos señalar aquí que lo único que permitiría que prosiga la experiencia de la clase, cualquiera que sea su resultado final, es el intento de instaurar en la lucha nuevas relaciones incompatibles con la existencia de una dirección burocrática.

JOSE STALIN. *Fundamentos del leninismo. 1975*

EL PARTIDO

En el período prerrevolucionario, en el período de evolución más o menos pacífica, en que los partidos de la II Internacional representaban la fuerza predominante dentro del movimiento obrero, y las formas parlamentarias de lucha se consideraban como fundamentales, en estas condiciones, el Partido no tenía ni podía tener una importancia tan grande y tan decisiva como la que adquirió más tarde, bajo las condiciones de los choques revolucionarios abiertos. Kautsky, defendiendo a la Segunda Internacional contra los que la atacan, dice que los partidos de la Segunda Internacional son instrumentos de paz y no de guerra, y que precisamente por eso se revelaron impotentes para hacer nada serio durante la guerra, en el período de las acciones revolucionarias del proletariado. Y esto es totalmente exacto. Pero, ¿qué significa esto? Significa que los partidos de la Segunda Internacional son inservibles para la lucha revolucionaria del proletariado, que no son partidos combativos del proletariado, aptos para conducir a éste al Poder, sino máquinas electorales, adaptadas a las elecciones del parlamento y a la lucha parlamentaria. Esto implica precisamente el hecho que, durante el período de predominio de los oportunistas de la Segunda Internacional, la organización política fundamental del proletariado no fuese el Partido, sino la fracción parlamentaria. Es sabido que en este período el Partido era, en realidad, un apéndice de la fracción parlamentaria y un elemento puesto al servicio de ésta. Huelga demostrar que, en tales condiciones y con semejante partido al frente, no se podía ni hablar de preparar el proletariado para la revolución.

Pero las cosas cambiaron radicalmente al entrar en el nuevo período.

Este nuevo período es el período de los choques abiertos entre las clases, el período de las acciones revolucionarias del proletariado, el período de la revolución proletaria, el período de la preparación directa de las fuerzas para el derrocamiento del imperialismo y la toma del Poder por el proletariado. Este período plantea ante el proletariado nuevas tareas de reorganización de toda la labor del Partido en un sentido nuevo, revolucionario, de educación de los obreros dentro del espíritu de lucha revolucionaria por el Poder, de preparación y concentración de las reservas, de alianza con los proletarios de los países vecinos, de establecimiento de sólidos vínculos con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes, etc., etc. Creer que estas tareas nuevas pueden resolverse con las fuerzas de los viejos partidos socialdemócratas, educados bajo condiciones pacíficas del parlamentarismo, equivale a condenarse a una desesperación sin remedio, a una derrota inevitable. Tener que afrontar estas tareas con los viejos partidos al frente equivale a encontrarse completamente desarmados. Huelga demostrar que el proletariado no podía resignarse a semejante situación.

De aquí la necesidad de un nuevo partido, de un partido combativo, de un par-

tido revolucionario, lo bastante intrépido para conducir a los proletarios a la lucha por el Poder, lo bastante experto para orientarse en las condiciones complejas de la situación revolucionaria - lo bastante flexible para sortear todos y cada uno de los escollos que se interponen en el camino hacia sus fines.

Sin un Partido así, no se puede ni pensar en el derrocamiento del imperialismo, en la conquista de la dictadura del proletariado.

Este nuevo partido es el Partido del Leninismo.

¿Cuáles son las particularidades de este nuevo partido?

1. El Partido, como destacamento de vanguardia de la clase obrera. El Partido tiene que ser, ante todo, el destacamento de vanguardia de la clase obrera. El Partido tiene que incorporar a sus filas a todos los mejores elementos de la clase obrera, asimilar su experiencia, su espíritu revolucionario, su abnegación sin límites por la causa del proletariado. Pero, para ser un verdadero destacamento de vanguardia, el Partido tiene que estar pertrechado con una teoría revolucionaria, con el conocimiento de las leyes del movimiento, con el conocimiento de las leyes de la revolución. Sin esto, no se encontrará con fuerzas bastantes para dirigir la lucha del proletariado, para conducirlo tras de sí. El Partido no puede ser el verdadero Partido si se limita a registrar lo que vive y lo que piensa la masa de la clase obrera, si marcha a la zaga del movimiento espontáneo de ésta, si no sabe vencer la inercia y la indiferencia política del movimiento espontáneo, si no es capaz de elevarse por encima de los intereses momentáneos del proletariado, si no sabe elevar a las masas hasta el nivel de los intereses de clase del proletariado. El Partido tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más lejos que la clase obrera, tiene que conducir tras de sí al proletariado y no marchar a la zaga de la espontaneidad. Los partidos de la Segunda Internacional, que predicen el "seguidismo", son los portadores de la política burguesa, que condena al proletariado al papel de un instrumento puesto en manos de la burguesía. Sólo un Partido que se sitúe en el punto de vista de destacamento de vanguardia de la clase obrera y sea capaz de elevar a las masas hasta el nivel de los intereses de clase del proletariado, sólo un Partido así es capaz de apartar a la clase obrera de la senda del tradeunionismo y hacer de ella una fuerza política independiente. El Partido es el jefe político de la clase obrera.

He hablado más arriba de las dificultades de la lucha de la clase obrera, de la complejidad de las condiciones de la lucha, de la estrategia y de la táctica, de las reservas y de las maniobras, de la ofensiva y de la retirada.

Estas condiciones son tan complejas, si no más, como las condiciones de la guerra. ¿Quién puede orientarse en estas condiciones, quién puede dar una orientación acertada a las masas de millones de proletarios? Ningún ejército en guerra puede prescindir de un Estado Mayor experto, si no quiere verse condenado a la derrota. ¿Acaso no es claro que tampoco el proletario, y con mayor razón, puede prescindir de este Estado Mayor, si no quiere entregarse

JOSE STALIN. Fundamentos del leninismo. 1975

a merced de sus enemigos jurados? Pero, ¿cuál es su Estado Mayor? No puede ser otro que el Partido revolucionario del proletariado. Sin un Partido revolucionario, la clase obrera es como un ejército sin Estado Mayor. El Partido es el Estado Mayor de combate del proletariado.

Pero el partido no puede ser tan sólo un destacamento de vanguardia, sino que tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento de la clase, una parte de la clase, íntimamente vinculada a ésta con todas las raíces de su existencia. La diferencia entre el destacamento de vanguardia y el resto de la masa de la clase obrera, entre los afiliados al Partido y los sin partido, no puede desaparecer mientras no desaparezcan las clases, mientras el proletariado vea engrosar sus filas con elementos procedentes de otras clases mientras la clase obrera en su conjunto no tenga la posibilidad de elevarse hasta el nivel del destacamento de vanguardia. Pero el Partido dejaría de ser tal partido si esta diferencia se convertiera en una ruptura, si se encerrara en sí mismo y se apartara de las masas sin partido. El Partido no puede dirigir a la clase si no está vinculado a las masas sin partido, si no hay lazos de unión entre el Partido y las masas sin partido, si estas masas no aceptan su dirección, si el Partido no goza de crédito moral y político entre las masas. Hace poco se dió ingreso en nuestro Partido a doscientos mil nuevos afiliados obreros. Lo notable aquí es el hecho de que estos obreros, más bien que venir ellos mismos al Partido, fueron mandados a él por todo el resto de la masa sin partido, que tomó parte activa en la admisión de los nuevos afiliados y sin cuya aprobación estos no hubieran sido admitidos. Este hecho demuestra que las grandes masas de obreros sin partido ven en nuestro Partido su Partido, el Partido más cercano y más querido, en cuyo engrandecimiento y fortalecimiento se hallan profundamente interesados y a cuya dirección confían de buen grado su suerte. Huelga demostrar que sin estos hilos morales imperceptibles que unen a nuestro Partido con las masas sin partido, el Partido no podría convertirse en la fuerza decisiva de su clase. El Partido es una parte inseparable de la clase obrera.

"Nosotros —dice Lenin— somos un partido de clase y por eso casi toda la clase (y en tiempo de guerra, en épocas de guerra civil, la clase en su integridad) tiene que actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe tener con nuestro Partido el contacto más estrecho posible; pero sería "manilovismo"** y "seguidismo" creer que casi toda o toda la clase puede estar algún día, bajo el capitalismo, en condiciones de elevarse al grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su Partido socialdemócrata. Ningún socialdemócrata que esté aún en su sano juicio ha puesto nunca en duda que, bajo el capitalismo, ni aun la organización sindical (más primitiva y más asequible al grado de conciencia de las capas menos desarrolladas) está en condiciones de

* "Manilovismo": placidez, inactividad, imaginación ociosa. De Manilov, uno de los personajes de la novela de Gógol "Almas muertas" (N. del t.)

abrir a toda o casi toda la clase obrera. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y toda la masa que marcha detrás de él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de elevar a capas cada vez más amplias a su propio nivel avanzado, no significa más que engañarse a sí mismo, cerrar los ojos a la inmensidad de nuestras tareas y empequeñecer ésta" (Lenin, t. VI págs. 205-206, "Un paso adelante, dos pasos atrás")

2. El Partido, como destacamento organizado de la clase obrera. El Partido no es sólo el destacamento de vanguardia de la clase obrera. Si quiere dirigir realmente la lucha de clases, tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento organizado de su clase. Las tareas del Partido, bajo las condiciones del capitalismo, son extraordinariamente grandes y variadas. El Partido debe dirigir la lucha del proletariado en condiciones extraordinariamente difíciles de desarrollo interior y exterior, debe llevar al proletariado a la ofensiva cuando la situación exija marchar a la ofensiva, debe apartarlo de los golpes de un adversario fuerte cuando las condiciones exijan la retirada, debe infundir en las masas de millones de obreros sin partido, inorganizadas, el espíritu de disciplina y los métodos de lucha organizada, el espíritu de organización y de firmeza. Pero el Partido sólo puede llevar a cabo estas tareas cuando él mismo sea la personificación de la disciplina y de la organización, cuando él mismo sea el destacamento organizado del proletariado. Sin estas condiciones, no se puede ni hablar de que el Partido dirija verdaderamente a masas de millones de hombres del proletariado. El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera.

La idea del Partido como un todo orgánico está expresada en la conocida fórmula de Lenin llevada al artículo primero de los estatutos de nuestro Partido, en el cual se considera a éste como una suma de organizaciones, y a los afiliados al Partido, como afiliados a una de las organizaciones del Partido. Los mencheviques, que ya en 1903 rechazaban esta fórmula, proponían, en vez de ella, el "sistema" de autoadhesión al Partido, el "sistema" de extender la "condición" de afiliado al Partido a todo "profesor" y "estudiante", a todo "simpatizante" y "huelguista", con tal de que apoyara al Partido de cualquier forma, aunque no entrara ni deseara entrar a formar parte de ninguna de las organizaciones del Partido. Huelga demostrar que este original "sistema", caso de que se hubiese afianzado en nuestro Partido, habría hecho que éste se viese inevitablemente invadido por profesores y estudiantes y que degenerase en una "entidad" borrosa, amorfa, desorganizada, que se habría perdido en el mar de los "simpatizantes", en la que se habrían borrado los límites entre el Partido y la clase y que habría malogrado la tarea del Partido de elevar a las masas inorganizadas al nivel del destacamento de vanguardia. Huelga decir que, con un "sistema" oportunista como éste, nuestro Partido no habría podido desempeñar el papel de núcleo organizador de la clase obrera en el curso de nuestra revolución.

"Desde el punto de vista de Márto -dice Lenin-, los límites del Partido que-

dan completamente indeterminados, pues 'todo huelguista' puede proclamarse 'afiliado al Partido'. ¿Qué utilidad puede aportar semejante abigarramiento? Una gran difusión del 'título' de afiliado al Partido. Su efecto nocivo será el introducir una idea desorganizadora, la idea de la confusión de la clase con el Partido". (Lenin, t.VI, pág. 211, "Un paso adelante, dos pasos atrás").

Pero el Partido no es sólo una suma de sus organizaciones. El Partido es, al mismo tiempo, un sistema único de estas organizaciones, su unificación formal en un todo único con órganos superiores e inferiores de dirección, con la subordinación de la minoría a la mayoría, con resoluciones prácticas, obligatorias para todos los miembros del Partido. Sin estas condiciones de ser un todo único organizado, capaz de llevar a cabo la dirección sistemática y organizada de la lucha de la clase obrera.

"Antes -dice Lenin-, nuestro Partido no era una unidad formalmente organizada, sino simplemente una suma de grupos aislados, razón por la cual no existía, ni podía existir entre ellos más relación que la de la influencia ideológica. Ahora, somos ya un Partido organizado, y esto entraña la creación de una autoridad, la transformación del prestigio de la idea en prestigio de la autoridad, la sumisión de los organismos inferiores a los organismos superiores del Partido" (Lugar citado, pág. 291).

El principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, el principio de la dirección de la labor del Partido desde el centro suscita con frecuencia ataques por parte de los elementos inestables, acusaciones de "burocratismo", de "formalismo", etc. No hace falta demostrar que la labor sistemática del Partido como un todo y la dirección de la lucha de clase obrera no serían posibles sin la aplicación de estos principios. El leninismo, en materia de organización, es la aplicación inflexible de estos principios. Lenin califica la lucha contra estos principios de "nihilismo ruso" y de "anarquismo señorial", dignos de ser puestos en ridículo y arrojados por la borda.

He aquí lo que dice Lenin, en su libro "Un paso adelante, dos pasos atrás", a propósito de estos elementos inestables:

"Este anarquismo señorial es algo muy peculiar del nihilista ruso. La organización del Partido se le antoja una "fábrica" monstruosa: la sumisión de la parte al todo, de la minoría a la mayoría le parece un "avasallamiento"..., la división del trabajo bajo la dirección de los organismos centrales suscita en él chillidos tragicómicos contra quienes pretenden convertir a los hombres en "ruedas y tornillos" de un mecanismo..., toda mención de los estatutos de organización del Partido le mueve a un gesto de desprecio y a la observación desdenosa... de que se puede vivir sin estatutos... "Parece claro que los clamores contra el famoso burocratismo no son más que un medio de encubrir el descontento por la composición personal de los órganos centrales, no son más que una hoja de parra...: ¡Eres un burócrata, porque has sido designado por un congreso sin mi voluntad y contra ella! ¡Eres un formalista, porque te apoyas en los acuerdos formales del congreso y no en mi consentimiento! ¡Obras de un modo torpemente mecánico, porque te remi-

tes a la mayoría "mecánica" del Congreso del Partido y no prestas atención a mi deseo de entrar a formar parte de los órganos dirigentes; ¡Eres un burócrata porque no quieres poner el poder en manos de la vieja tertulia de buenos compadres!** (Lenin, t. VI, págs. 287 y 310).

3. El Partido como forma superior de organización de clase del proletariado. El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera. Pero el Partido no es la única organización de la clase obrera. El proletariado cuenta con toda una serie de otras organizaciones, sin las cuales no podría librarse una lucha eficaz contra el capital: sindicatos, cooperativas, organizaciones de fábricas y talleres, fracciones parlamentarias, organizaciones femeninas sin partido, prensa, organizaciones culturales, organizaciones de la juventud, organizaciones revolucionarias de combate (durante las acciones revolucionarias abiertas), soviets de diputados como forma estatal de organización (allí donde el proletariado se halla en el Poder), etc. La inmensa mayoría de estas organizaciones permanecen al margen del Partido, y sólo una parte de ellas está directamente vinculada a éste o son ramificaciones suyas. En determinadas condiciones, todas esas organizaciones son absolutamente necesarias para la clase obrera, pues sin ellas no sería posible consolidar las posiciones de clase del proletariado en los diversos terrenos de lucha, ni sería posible templarlo como fuerza llamada a sustituir el orden de cosas burgués por el orden socialista. Pero, ¿cómo llevar a cabo la dirección única, existiendo tal abundancia de organizaciones? ¿Cuál es la garantía de que esta multiplicidad de organizaciones no lleve el desconcierto a la dirección? Se dirá que cada una de estas organizaciones actúa dentro de su órbita propia, razón por la cual no pueden entorpecerse las unas a las otras. Esto, naturalmente, es exacto. Pero también lo es que todas estas organizaciones tienen que desplegar su actividad en una misma dirección, pues sirven a una sola clase, a la clase de los proletarios. ¿Quién —cabe preguntarse— traza la línea, la orientación general que ha de servir de guía para la labor de todas estas organizaciones? ¿Dónde está la organización central que sea no sólo capaz, por poseer la experiencia necesaria, de trazar aquella línea general, sino dotada de la posibilidad, por poseer la autoridad necesaria para esto, de mover a todas las organizaciones a llevar a la práctica esta línea, con el fin de lograr la unidad en la dirección y excluir toda posibilidad de desconcierto?

Esta organización es el Partido del proletariado.

El Partido posee todas las condiciones necesarias para esto: primero, porque el Partido es el punto en que se concentran los mejores elementos de la clase obrera, que mantienen vínculos directos con las organizaciones sin partido del proletariado y que con frecuencia las dirigen; segundo, porque el Partido, como punto en que se concentran los mejores elementos de la clase obrera, es la mejor escuela de formación de los jefes de la clase obrera, capaces de dirigir todas las formas de organización de su clase; tercero, porque el Partido, como la mejor escuela para la formación de los jefes de la clase obrera, es, por su experiencia y autoridad, la única organización capaz de centralizar la dirección

de la lucha del proletariado, convirtiendo así a todas y cada una de las organizaciones sin partido de la clase obrera en órganos auxiliares y en correas de transmisión que unen al Partido con la base. El Partido es la forma superior de organización de clase del proletariado.

Esto no quiere decir, naturalmente, que las organizaciones sin partido, los sindicatos, las cooperativas, etc., deban estar formalmente subordinadas a la dirección del Partido. Se trata únicamente de que los miembros del Partido que integran estas organizaciones adopten, como elementos indudablemente influyentes, todos los medios de persuasión para conseguir que las organizaciones sin partido establezcan en su labor un contacto estrecho con el Partido y acepten voluntariamente la dirección política de éste.

He aquí por qué Lenin dice que el Partido es "la forma superior de la unión de clase de los proletarios", cuya dirección política debe hacerse extensiva a todas las demás formas de organización del proletariado.

He aquí por qué la teoría oportunista de la "independencia" y de la "neutralidad" de las organizaciones sin partido, que da vida a parlamentarios independientes y a publicistas desligados del Partido, a funcionarios sindicales de mentalidad estrecha y a cooperativistas aburguesados, es completamente incompatible con la teoría y la práctica del leninismo.

4. El Partido, como un instrumento de la dictadura del proletariado. El Partido es la forma superior de organización del proletariado. El Partido es el factor básico dirigente dentro de la clase de los proletarios y entre las organizaciones de ésta. Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que el Partido pueda ser considerado como un fin en sí mismo, como una fuerza que se baste a sí misma. El Partido no sólo es la forma superior de unión de clase de los proletarios, sino que es, al mismo tiempo, un instrumento puesto en manos del proletariado para la conquista de su dictadura, cuando ésta no está todavía conquistada, y para la consolidación y ampliación de la dictadura, cuando ya está conquistada. El Partido no podría elevarse a tal altura, en cuanto a su importancia, y no podría situarse por encima de todas las demás formas de organización del proletariado, si ante éste no se plantea el problema del Poder, si las condiciones del imperialismo, la ineluctabilidad de las guerras, la existencia de las crisis no exigieran la concentración de todas las fuerzas del proletariado en un punto, la reunión de todos los hilos del movimiento revolucionario en su haz, con el fin de derribar a la burguesía y conquistar la dictadura del proletariado. El Partido le es necesario al proletariado, ante todo, como su Estado Mayor de lucha, indispensable para la conquista victoriosa del Poder. Huelga demostrar que, sin un Partido capaz de reunir en torno suyo a las organizaciones de masas del proletariado y de centralizar en el curso de la lucha la dirección de todo el movimiento, el proletariado de Rusia no hubiera podido implantar su dictadura revolucionaria.

Pero el proletariado no necesita del Partido solamente para conquistar la dic-

tadura; aún le es más necesario para mantenerla, consolidarla y ensancharla, en interés del triunfo completo del socialismo.

"Seguramente que hoy casi todo el mundo ve —dice Lenin— que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el Poder no dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina severísima, verdaderamente férrea, dentro de nuestro Partido, sin el apoyo más completo y abnegado prestado a éste por toda la masa de la clase obrera, esto es, por todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir consigo y de arrastrar tras de sí a las capas atrasadas".

Pero, ¿qué significa "mantener" y "ensanchar" la dictadura? Significa infundir a las masas de millones de proletarios el espíritu de disciplina y de organización; significa dar a las masas proletarias un refuerzo y un punto de apoyo contra las influencias corrosivas de la espontaneidad pequeñoburguesa y de los hábitos pequeñoburgueses; significa reforzar la labor de organización de los proletarios para la reeducación y la transformación de las capas pequeñoburguesas; significa ayudar a las masas proletarias a educarse como fuerza capaz de destruir las clases y de preparar las condiciones para organizar la producción socialista. Pero todo esto no sería posible hacerlo sin un partido fuerte por su cohesión y su disciplina.

"La dictadura del proletariado —dice Lenin— es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha" (Lenin, t. XXV, pág. 190, "El izquierdismo...")

El proletariado necesita del Partido para conquistar y mantener la dictadura. El Partido es el instrumento de la dictadura del proletariado.

Pero de eso se deduce que, con la desaparición de las clases, con la desaparición de la dictadura del proletariado, deberá desaparecer también el Partido.

5. El Partido, como unidad de voluntad, incompatible con la existencia de fracciones. La conquista y el mantenimiento de la dictadura del proletariado son imposibles sin un partido fuerte por su cohesión y su férrea disciplina. Pero la férrea disciplina dentro del Partido es inconcebible sin la unidad de voluntad, sin la unidad de acción completa y absoluta de todos los miembros del Partido. Esto no significa, naturalmente, que con ello quede excluida la posibilidad de una lucha de opiniones dentro del Partido. Al revés, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la crítica y la lucha de opiniones dentro del Partido. Tampoco significa esto, con tanta mayor razón, que la disciplina debe ser "ciega". Al contrario, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la subordinación consciente y voluntaria, pues sólo una disciplina consciente puede ser una disciplina verdaderamente férrea. Pero, una vez terminada la lucha de opiniones

agotada la crítica y adoptado un acuerdo, la unidad de voluntad y la unidad de acción de todos los miembros del Partido es condición indispensable sin la cual no se concibe ni un partido unido ni una disciplina férrea dentro del Partido.

"En la época actual, de aguda guerra civil -dice Lenin-, el Partido Comunista sólo podrá cumplir con su deber si se halla organizado del modo más centralizado, si reina dentro de él una disciplina férrea rayana en la disciplina militar y si el centro del Partido es un órgano de autoridad dotado de plenos y amplios poderes - que goce de la confianza general de los afiliados al Partido".

(V. "Condiciones de ingreso en la I.C.")

Así se plantea la cuestión, en lo que se refiere a la disciplina dentro del Partido, bajo las condiciones de la lucha antes de la conquista de la dictadura.

Otro tanto hay que decir, pero en grado todavía mayor, respecto a la disciplina dentro del Partido después de la conquista de la dictadura.

"El que debilita, por poco que sea -dice Lenin-, la disciplina férrea dentro del Partido proletario (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado". (Lenin, t.XXV, pág. 190, "El izquierdismo...")

De aquí se desprende que la existencia de fracciones es incompatible con la unidad del Partido y con su férrea disciplina. Huelga demostrar que la existencia de fracciones conduce a la existencia de diversos centros y que la existencia de diversos centros significa la ausencia de un centro general dentro del Partido, el quebrantamiento de la unidad de voluntad, el debilitamiento y la descomposición de la disciplina, el debilitamiento y la descomposición de la dictadura. Naturalmente, los partidos de la Segunda Internacional, que luchan contra la dictadura del proletariado y no quieren llevar a los proletarios al Poder, pueden permitirse ese liberalismo que supone la libertad de existencia de fracciones, pues ellos no necesitan para nada una disciplina férrea. Pero los Partidos de la Internacional Comunista, que basan toda su tarea en la conquista de la dictadura del proletariado y de su consolidación, no pueden admitir ni el "liberalismo" ni la libertad de existencia de fracciones. El Partido es la unidad de voluntad, que excluye todo fraccionalismo y toda división de poderes del Partido.

De aquí la aclaración de Lenin sobre los "peligros de fraccionalismo desde el punto de vista de la unidad del Partido y de la realización de la unidad de voluntad de la vanguardia del proletariado, como sondición fundamental del éxito de la dictadura del proletariado", que figura en la resolución especial del X Congreso de nuestro Partido "Sobre la unidad del Partido".

He aquí por qué Lenin exige la "supresión completa de todo fraccionalismo" y la "disolución inmediata de todos los grupos sin excepción, formados sobre tal o cual plataforma", so pena de "expulsión inmediata e incondicional de nuestro Partido" (V. La resolución de nuestro Partido "Sobre la unidad del Partido").

6. El Partido se consolida depurándose de los elementos oportunistas. La fuente de fraccionalismo dentro del Partido son sus elementos oportunistas. El prole-

letariado no es una clase cerrada. A él afluyen continuamente elementos procedentes de las filas campesinas, de la pequeña burguesía, del campo intelectual, proletarizados por el desarrollo del capitalismo. Al mismo tiempo, en la capa superior del proletariado, principalmente entre los funcionarios sindicales y entre los parlamentarios, cebados por la burguesía a expensas de las superganancias coloniales, se produce un proceso de descomposición.

"Esta capa de obreros aburguesados -dice Lenin- o de "aristocracia obrera" completamente pequeñoburguesa en cuanto a su manera de vivir, por la cuantía de sus emolumentos y por su mentalidad, es el apoyo fundamental de la Segunda Internacional, y, hoy día, el principal apoyo social (no militar) de la burguesía. Pues éstos son los verdaderos agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero, los lugartenientes obreros de la clase capitalista, los verdaderos portavoces del reformismo y del chovinismo" (Lenin, t. XIX, pág.77, "El imperialismo, fase superior del capitalismo", prólogo a las ediciones en francés y alemán).

Todos estos grupos pequeñoburgueses penetran de un modo o de otro en el Partido, llevando a éste el espíritu de vacilación y de oportunismo, el espíritu de desmoralización y de incertidumbre. Son ellos, principalmente, los que constituyen la fuente del fraccionamiento y de la disgregación, la fuente de la desorganización y de la labor de zapa realizada desde el interior del Partido. Hacer la guerra al imperialismo teniendo en la retaguardia tales "aliados", equivale a caer en la situación del hombre que se encuentra entre dos fuegos, entre los disparos del frente y de la retaguardia. Por eso, la lucha implacable contra esos elementos, su expulsión del Partido es la condición previa para luchar con éxito contra el imperialismo.

La teoría del "superar" a los elementos oportunistas mediante la lucha ideológica librada dentro del Partido, la teoría de "liquidar" a estos elementos dentro del marco de un solo Partido es una teoría podrida y peligrosa, que amenaza con condenar al Partido a la parálisis y al malestar crónico, que amenaza con sacrificar al Partido en aras del oportunismo, que amenaza con privar al proletariado de su Partido revolucionario, que amenaza con despojar al proletariado de su arma principal en la lucha contra el imperialismo. Nuestro Partido no hubiera podido encontrar su camino, no hubiera podido tomar el Poder y organizar la dictadura del proletariado, no hubiera podido salir victorioso de la guerra civil, si hubiera conservado en sus filas a los Márkov y a los Dan, a los Potróssov y a los Axelrod. Si nuestro Partido ha conseguido forjar dentro de sus filas una unidad interior y una cohesión nunca vista, se debe, ante todo, al hecho de que supo limpiarse a tiempo de la escoria del oportunismo, arrojar del Partido a los liquidadores y mencheviques. Para desarrollar y consolidar los partidos proletarios hay que depurar sus filas de oportunistas y reformistas, de socialimperialistas y socialchovinistas, socialpatriotas y socialpacifistas. El Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas.

"No es posible triunfar en la revolución proletaria -dice Lenin-, no es posi-

ble defenderla, teniendo en las filas propias a reformistas, a mencheviques. Esto es evidente en el terreno de los principios. La experiencia de Rusia y de Hungría lo confirma palpablemente... En Rusia, hemos atravesado muchas veces por situaciones difíciles en que el régimen soviético habría sido infaliblemente derrotado, si hubiesen quedado mencheviques, reformistas, demócratas pequeñoburgueses, dentro del Partido... En Italia, según confesión general, las cosas marchan hacia luchas decisivas entre el proletariado y la burguesía por la conquista del Poder del Estado. En momentos tales, no sólo es absolutamente necesario eliminar del Partido a los mencheviques, a los reformistas, a los turatianos, sino que puede incluso resultar útil separar de todos los cargos responsables a quienes, siendo excelentes comunistas, sean susceptibles de vacilaciones y manifiesten inclinación hacia la "unidad" con los reformistas... En vísperas de la revolución y en los momentos de la lucha más encarnizada por su triunfo, las más leves vacilaciones dentro del Partido son capaces de echarlo todo a perder, de hacer fracasar la revolución, de arrancar el Poder de manos del proletariado, ya que este Poder no está todavía consolidado y las arremetidas contra él son todavía demasiado fuertes. Si, en un momento así, se aparta a los dirigentes vacilantes, lejos de debilitar, fortalece tanto al Partido como al movimiento obrero y a la revolución" (Lenin, t.XXV, págs. 462-464, "Falsos discursos sobre la libertad")

LUCIEN LAURAT. Prólogo al escrito de ROSA LUXEMBOURG. *Marxismo, reformismo, y leninismo.*

MARXISMO, REFORMISMO Y LENINISMO (Prólogo de 1934)

Hay escritos cuya actualidad aumenta según van haciéndose viejos. Los tres estudios de Rosa Luxemburgo que hemos recogido en este pequeño volumen son de esos.

El primero, "Cuestiones de organización de la social-democracia rusa", data de 1904; el segundo, "Esperanzas frustradas", fue publicado en la misma época, mientras que el tercero, "Libertad de la crítica y de la ciencia", salió a finales de 1899, hace ya treinta y cinco años...

¿Por qué hemos creído necesario someter estas "antiguallas" al público socialista de 1934?

En la sociedad presente, trastornada por el seísmo de los últimos veinte años, crece una juventud ardiente e inquieta, roída por "un mal del siglo" que recuerda en varios puntos al que Alfred de Musset describía hace cien años, especialmente en cuanto a la evolución y los síntomas. Esta juventud no se resigna a expiar las culpas de sus padres. No ha sido ella quien ha hecho nuestro mundo tan inhabitable, no ha sido ella quién levantó esta sociedad que hace de su existencia una cadena ininterrumpida de privaciones materiales, de decepciones intelectuales y de sufrimientos morales. Ella quiere que "esto cambie" y se prepara al ataque del fuerte social llamado "capitalismo", ya minado, pero aún temible.

La parte más consciente de esta juventud se agrupa ya bajo la bandera socialista. Ella conoce la meta que quiere alcanzar, y numerosas obras permiten familiarizarse rápidamente con las ideas esenciales del socialismo científico. El estudio de las causas de la crisis actual le facilita la comprensión de los objetivos socialistas. Pues, bien, sabe ya lo que quiere. Pero un poco menos el "cómo" lo debe querer. Esta tarea la comparte con la mayoría de los militantes adultos: las divergencias sobre los "métodos a emplear" están lejos de haber sido resueltas en la Internacional Obrera.

Las divergencias sobre los métodos giran principalmente en torno a la conquista del poder, la democracia y la dictadura, la legalidad y la violencia; y estas discusiones son tan apasionantes que muchos socialistas se olvidan de reflecionar sobre un problema, aparentemente secundario, de aspecto más bien sobrio y hasta de apariencia repelente: La cuestión de la forma de organización proletaria.

Muchos socialistas, sobre todo jóvenes, tienden a creer que no hay ninguna relación entre la doctrina socialista y la organización socialista, que esta última depende, más que de ninguna consideración doctrinal, de las necesidades tácticas y estratégicas del momento. Se imaginan que se puede reducir a la organización socialista, hasta el punto de militarizarla bajo la égida de un comité oculto y de transformar el Partido entero en un inmenso cuartel.

Los artículos de Rosa Luxemburgo recogidos en este volumen desengañarán a los que piensan de esa forma.

En su lectura se puede ver que la cuestión de la organización, por alejada que pueda parecer a primera vista de toda consideración teórica, se liga íntimamente al conjunto de las ideas del socialismo científico.

La conocida frase de Marx: "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos", no es una simple fórmula destinada a la agitación; contiene la quintaesencia de lo que distingue el socialismo científico del socialismo utópico: nadie, —ningún filántropo ni ningún dictador— puede ofrecer a los trabajadores —por muy excelentes que sean sus intenciones— el socialismo servido en bandeja. Deben conquistarlo ellos mismos; y para conquistar el ánimo y la valentía no son suficientes, ni la creencia en las promesas socialistas de un programa demagógico (hubo entre los que llevaron a Hitler al poder numerosas personas que se tomaron en serio el nacional-socialismo). Al ánimo y la valentía deben añadirse, no la creencia y la mística, sino "el saber y la educación". Mientras la gran masa no tenga ese saber y esa educación, podrá hacer todas las revoluciones que quiera, pero esas revoluciones no serán socialistas y no conducirán al socialismo, aunque sean socialistas quienes la dirijan.

Partiendo de esas consideraciones, que son el ABC del marxismo, Rosa Luxemburgo saca las conclusiones de lo que debe ser la organización socialista. Esta organización debe ser susceptible de desarrollar al máximo la conciencia socialista de los trabajadores y permitirles instruirse por la experiencia de sus luchas. Esto implica, en el seno del Partido (esto vale también evidentemente para el movimiento sindical), un máximo de democracia. Sin embargo, el movimiento socialista ha de combatir; así pues, la democracia debe coexistir con una centralización suficiente de la acción y con una disciplina, sin la cual ninguna acción concertada es posible. Pero la centralización y la disciplina sólo puede concebirse sobre la base de la democracia más amplia; sin esta democracia, el primer imbécil que llegase podría el mismo consagrarse "jefe histórico de la revolución mundial", nombrar y destituir "jefes" —igualmente "históricos"— del proletariado de diferentes países, y estos jefes nacionales nombrar, a su vea, jefes regionales y locales, sin preocuparse en absoluto de lo que opinen los interesados: los trabajadores.

Vemos que la democracia que predicaba Rosa Luxemburgo se apoya sobre un fundamento más fuerte que las famosas "grúas metafísicas", de las cuales se burla Paul Lafargue. Es una condición sin la cual la eficacia de la lucha de clases proletaria y de la orientación socialista de esta lucha desaparece. En efecto, esta lucha no puede ser eficaz y tomar una orientación socialista cada vez más consciente sino proporcionalmente al desarrollo intelectual de los trabajadores, y este desarrollo intelectual tiene por condición la libertad de crítica y de discusión más amplia; en consecuencia, la democracia demuestra ser la base indispensable de la organización socialista.

Estas ideas las defiende Rosa Luxemburgo, a la vez contra Lenin y contra el ala reformista de la social-democracia. Por diametralmente opuestas que parezcan

las concepciones de Lenin y las del reformismo, tanto unas como otras están, aún, impregnadas de la idea del socialismo utópico de querer sustituir la acción propia de los trabajadores por la todopoderosa de una élite, formando y modelando a su gusto a los trabajadores, como "la masa de un pastel". Y los que lean atentamente el segundo capítulo de este folleto, "Masas y Jefes", reconocerán fácilmente, a la luz del análisis de Rosa Luxemburgo, que en las concepciones leninistas y reformistas las relaciones entre masas y jefes entroncan claramente con la concepción burguesa.

Hemos creído útil unir a los dos artículos un estudio donde Rosa define los "límites" de la libertad de la crítica: democracia no es sinónimo de anarquía. Aquí el lector encontrará poderosos argumentos, tan válidos hoy contra los "neos" como hace treinta y cinco años contra los amigos de E. Bernstein.

No es suficiente afirmar y demostrar científicamente una tesis. Es preciso confrontarla con la realidad. Desde que Rosa Luxemburgo escribió estos artículos, sus puntos de vista sobre cuestiones organizativas han sufrido la "prueba del fuego". Lenin tuvo ocasión de aplicar sus principios prácticamente en Rusia.

Después de la toma del poder, en octubre de 1917, por el bloque de los bolcheviques y de los social-revolucionarios de izquierda, los principios organizativos leninistas se extendieron del Partido a los sindicatos, al movimiento cooperativo, a los soviets y a todo el aparato del Estado. Menos de un año después de la Revolución de Octubre los social-revolucionarios de izquierda, aliados de ayer, sufrieron las mismas persecuciones que los demás partidos. Ciertamente, en esta turbia situación en que el nuevo régimen, apenas instalado, hubo de hacer frente a las amenazas más terribles, a la invasión del militarismo alemán y al asalto de las clases privilegiadas venidas a menos, las medidas de rigor eran inevitables. En el folleto sobre la Revolución Rusa escrito es septiembre de 1918, R.L. reconoce la legitimidad de las medidas de defensa que tomó la revolución, amenazada por sus enemigos. Pero Rosa se levanta contra la supresión de la democracia y remarca la confusión de las ideas y de los hechos. Si es inevitable y necesario castigar a los que por sus actos ponen en peligro el régimen, es inconcebible y pernicioso para la causa socialista querer triunfar sobre las ideas contrarias acallándolas o metiendo en la cárcel a los que las manifiestan. Porque el socialismo sólo puede ser la obra de una clase de trabajadores lúcidos y políticamente ilustrados, y los trabajadores sólo pueden conquistar estas cualidades en la libertad, que es siempre la "libertad del que piense de otro modo". "No por fanatismo por la 'justicia', si no porque todo cuanto hay de instructivo, saludable y purificante en la libertad política depende de ésta, y pierde su eficacia cuando la 'libertad' se vuelve un privilegio".

En el curso de los años, el "privilegio" de la libertad no se había dado más que en un círculo cada vez más reducido de personas. La guerra civil había terminado, la amenaza extranjera se había evitado, las terribles secuelas del comunismo de guerra y del hambre de 1921 estaban superadas, nada justificaba ya las me-

didas de excepción, a las que R.L. había concedido, en su folleto de septiembre de 1918, las circunstancias atenuantes de la fatalidad política. Pero, lejos de mitigarse, la dictadura pesaba cada vez más sobre las clases trabajadoras. En plena guerra civil, las diferentes tendencias socialistas no bolcheviques tenían todavía derecho, precario pero efectivo, a participar en las elecciones de los soviets; Martov, líder de los mencheviques, era miembro del Soviet de Petrogrado, y la revista "Internacional Comunista" publicaba aún, en 1920, un discurso que él pronunció. Después de 1927 los mismos comunistas no conformistas que apelaban al "leninismo", pero lo interpretaban de distinta manera que Stalin, fueron reducidos a escoger entre el exilio, la cárcel —léase muerte— o la confesión forzada —y por lo tanto falsa— de sus errores y desviaciones", y que no era tomada en consideración más que si llevaba consigo una dosis masiva de genuflexiones y de alabanzas dirigidas a la persona del dictador. Ni el derecho de callarse era concedido. Era preciso que se humillasen, que se prosternasen delante del hombre, si no querían exponerse a las peores persecuciones.

Nadie se extrañará, en consecuencia, que por mucho que R.L. haya descubierto desde 1904 en las concepciones de Lenin, haya podido entregarse en 1918, apenas diez meses después de la Revolución de Octubre, a la implacable crítica de que hablamos y de la que las previsiones se han visto hoy confirmadas punto por punto.

Después de la muerte de Lenin, las corrosivas tendencias de ultra-centralismo dictatorial que R.L. había ya anunciado en gérmenes, en su artículo de 1904, y expuesto en su folleto de 1918, aparecieron plenamente. La guerra de los diádocos(*) acaba con la victoria de uno solo, que reduce hoy a los demás a su merced. Las relaciones entre la masa y los jefes —el jefe, puesto que ya no hay más que uno—, son las que existen entre la "mole arcillosa" y el "genial arquitecto social". Los trabajadores no tienen ningún derecho, y sus innumerables deberes se resumen en el de la obediencia absoluta. El principio según el cual se puede mentir a la masa, tratarla como a un niño "al que es lícito ocultarle la verdad" se aplica generalmente hoy en la U.R.S.S., así como en la Internacional Comunista, su dependencia.

Sería, evidentemente, falso achacar a la persona de Lenin la responsabilidad de esta nefasta evolución que acaba, en Rusia, en una dasastrosa situación económica, por el aniquilamiento de todas las libertades de los trabajadores, y, en el plano internacional, en la bancarrota de la Internacional llamada comunista. No podemos desarrollar aquí, al detalle, las acusas de esta degeneración; nos limitaremos a señalar que las concepciones leninistas de la organización no son más que la expresión del estado económico, político y social atrasado de Rusia. Esta concepción del centralismo dictatorial no hubiese podido jamás encontrar aplicación práctica y mucho menos materializarse en una dictadura tan absoluta, exclusiva y

(*) Príncipes herederos en Grecia, aquí hace alusión a los herederos de Lenin
(N. de la E.)

personal como la que con tanto rigor obra allí desde 1918, si no hubiese encontrado un suelo tan extremadamente propicio en las circunstancias sociales rusas, particularmente en la falta de madurez de la gran masa de los trabajadores.

En los viejos países capitalistas, los rígidos principios de organización leninistas, no han podido, jamás, conquistar a la gran mayoría de los trabajadores organizados. Es en el momento en que se han querido imponer por la fuerza a los partidos comunistas occidentales (1924: "bolchevización") cuando se señala el declinar irremediable de la Internacional bolchevique. La clase organizada de estos países aprecia demasiado su libertad y su derecho a disponer de ella misma como para aceptar la férula de un dictador que se proclama "jefe de la revolución mundial" o "führer de la revolución nacional". Las tendencias hacia una organización dictatorial no se encuentran más que en la fracción de las masas populares que no está todavía suficientemente penetrada de conciencia socialista: en los elementos recientemente proletarizados y desclasados, en los "desorganizados" (tan apreciados por la C.G.T.U.) y en ciertos jóvenes, en los que el saber y la conciencia de su dignidad no están aún a la altura de su ardor revolucionario. Pero, ¿para qué vale un ardor revolucionario que no se percata de que la libertad es imposible de conquistar por gentes que aceptan ciegamente las órdenes de un "jefe", sometiéndose a su voluntad en lugar de considerarle como un órgano ejecutivo de sus propias aspiraciones? Con un estado de ánimo tal, no se pueden hacer más que revoluciones conducentes a la esclavitud.

En su estudio "Masas y Jefes", R. Luxemburgo tiene cuidado de subrayar que el cambio de relaciones entre los jefes y la masa, en el movimiento socialista, la formación de una masa "que se dirija a sí misma", es un proceso dialéctico, "una tendencia más que una realidad".

Todavía hoy, treinta años después, es preciso para algunos conferir a esta masa cualidades milagrosas que no tiene. Es una masa de "humanos" que no tiene ningún motivo para suponerse exenta de las taras de que está cargada toda la humanidad. Y si los jefes, los führer, los duce, están lejos de ser superhombres, sería también irracional creer que las masas no están compuestas más que de genios.

En la hora actual, la mayoría de esta masa, aparte de una élite, no es seguramente capaz de realizar un socialismo integral, y tendrá que atravesar muchas experiencias antes de adquirir la madurez necesaria para dirigir o controlar eficazmente una economía mixta; el disimularlo sería traicionar a los trabajadores y sembrar peligrosas ilusiones. Es preciso decírselo para que ellos se dediquen a remediar esa debilidad. Que se consuelen, por el momento, con el pensamiento —la realidad de nuestros días lo demuestra bien—, de que la clase capitalista se manifiesta todavía menos capaz que ellos de dirigir lo que sea.

No perdamos de vista, sin embargo, que la masa ha hecho inmensos progresos intelectuales en medio siglo. Continuará forjando y produciendo una élite, cada vez más numerosa, a condición de que encuentre, gracias a su organización "democrática", todas las posibilidades de un desarrollo fecundo de su espíritu crítico.

co y de su capacidad de juicio. Querer imponerle una doctrina y una táctica determinadas, bajo pretexto de que aún no es mayor de edad —como practican hoy todos los leninistas de todos los matices—, es franarla, querer parar el proceso de su maduración, arrojarla en las tinieblas de la mística y en la abyección del culto a las personas.

Los que lo hacen pueden imaginarse que edifican el socialismo "para la masa", pero como el socialismo es imposible de realizar de esta manera, retardan, por amor a una estéril ilusión, el desarrollo real, único que puede hacer capaces a los trabajadores de edificar el mundo nuevo.

LUCIEN LAURAT

GEORG LUCKÁCS, *Lenin*, 1968.

EL PARTIDO DIRIGENTE DEL PROLETARIADO

La misión histórica del proletariado consiste, pues, en apartarse de todo entendimiento ideológico con las otras clases y alcanzar su clara conciencia de clase sobre la base de la especificidad de su situación de clase y la autonomía de sus intereses de clase, que derivan de aquélla. Tan sólo de esta manera será capaz de dirigir a todos los oprimidos y explotados de la sociedad burguesa, en la lucha común contra sus amos políticos y económicos. El fundamento objetivo del papel dirigente del proletariado es su papel en el proceso de producción del capitalismo. Pero sería aplicar mecánicamente la teoría marxista, y se tolerarían ilusiones contrarias a la verdad histórica, si se llegara a imaginar que la conciencia de clase verdadera y capaz de conducir a la toma del poder es capaz de nacer espontáneamente en el seno del proletariado, progresivamente, sin tropiezos, sin regresiones, como si el proletariado pudiera adquirir ideológicamente su vocación revolucionaria de acuerdo a una línea de clase. Los debates en torno a las tesis de Bernstein han demostrado claramente la imposibilidad de la transformación económica del capitalismo en el socialismo. La réplica ideológica de esta doctrina ha subsistido sin embargo activamente en el pensamiento de numerosos revolucionarios sinceros de Europa, sin ser rechazada, sin ser reconocida siquiera como problema o peligro. No es que los más avisados entre ellos hayan desconocido la existencia y la importancia del problema, que no hayan comprendido que la victoria definitiva del proletariado debe pasar por un largo camino y por numerosas derrotas, y que las regresiones, no sólo materiales, sino también ideológicas, en un estadio inferior al nivel de evolución ya alcanzado, son inevitables. Ellos sabían -para utilizar la fórmula de Rosa Luxemburgo-, que la revolución no podía llegar demasiado "temprano" desde el punto de vista de las premisas social-económicas, y que al mismo tiempo llegaría necesariamente demasiado "temprano", antes de que el proletariado en su conjunto estuviera penetrado de la conciencia de clase socialista, es decir, fuera capaz de mantener el poder. Aún en el caso que, en esta perspectiva histórica sobre el camino que ha de recorrer el proletariado para liberarse, se considere que una auto-educación revolucionaria espontánea de las masas proletarias (por las acciones de la masa y sus lecciones), sostenida por una agitación, una propaganda, etc., teóricamente justas del partido, baste para garantizar la evolución necesaria, no se ha sobrepasado así de ningún modo el punto de vista de la ideología de la espontaneidad, del advenimiento progresivo y automático del proletariado en su vocación revolucionaria.

Lenin fue el primero -y durante mucho tiempo el único- líder teórico importante que encaró el problema central desde el punto de vista teórico y decisivo desde el punto de vista práctico: desde el ángulo de la organización. El di-

ferendo sobre el primer párrafo de los estatutos de la organización del Congreso de Bruselas-Londres de 1903 es conocido por todos. La cuestión consistía en saber si el que sostenía el partido y trabajaba bajo su control podía a la vez ser miembro (como lo querían los mencheviques) o si la participación en las organizaciones ilegales, la absorción de la totalidad de la existencia en el trabajo del partido, la subordinación total a su disciplina -concebida de manera muy severa- también eran indispensables. Las otras cuestiones organizativas como por ejemplo la centralización, son tan sólo las consecuencias necesarias y objetivas de esta toma de posición. Por otra parte, esta controversia sólo es comprensible a partir de las dos posiciones fundamentales antagónicas sobre la posibilidad, el desarrollo probable y el carácter de la revolución, relaciones que en esa época habían sido analizadas únicamente por Lenin.

El plan de organización bolchevique hace surgir de la masa más o menos caótica del conjunto de la clase un grupo de revolucionarios conscientes de la finalidad y dispuestos a todos los sacrificios. Pero ¿no se corre el riesgo de que estos "revolucionarios profesionales" se desprendan de la vida de su clase y que, como consecuencia de la separación, degeneren en grupo conspirador, en secta? Este plan de organización ¿no es acaso la consecuencia práctica de ese "blanquismo" que los revisionistas "perspicaces" pretenden descubrir incluso en Marx? No es posible estudiar aquí en qué medida este reproche es erróneo, incluso respecto de Blanqui. De todos modos, no llega a tocar la base de la doctrina leninista de la organización, pues, según Lenin, el grupo de revolucionarios profesionales no ha tenido en ningún momento por misión "hacer" la revolución, o arrastrar tras de sí a la masa inactiva, con su acción independiente y valerosa, colocándola de alguna manera frente al hecho consumado de la revolución. La idea leninista de la organización presupone la realidad de la revolución, la actualidad de la revolución. Si los mencheviques hubieran tenido la última palabra en su previsión de la historia, si hubieran ido más allá de un período de prosperidad relativamente calmo y de extensión progresiva de la democracia, en que los vestigios de la feudalidad hubieran sido barridos en los países atrasados por el "pueblo" y por las clases "progresistas", los grupos de revolucionarios profesionales se habrían fijado entonces en el sectarismo, o se habrían convertido en simples círculos de propagandistas. El partido, en tanto que organización fuertemente centralizada de los elementos más conscientes del proletariado -y solamente éstos- será concebido como el instrumento de la lucha de clases en un período revolucionario. "No se puede -decía Lenin- separar mecánicamente las cuestiones políticas de las cuestiones organizativas" y aquél que aprueba o rechaza la organización bolchevique del partido, sin tener en cuenta si estamos o no en la época de las revoluciones proletarias, no ha comprendido nada de la esencia de esta organización.

Pero, desde un punto de vista totalmente opuesto se podría presentar la ob-

jeción siguiente: la actualidad de la revolución vuelve precisamente superflua esta organización. Quizás haya sido útil, en un período de detención revolucionario, unir a los revolucionarios profesionales en una organización. Pero dicha organización es inútil y absurda en los años revolucionarios, cuando las masas están profundamente trastornadas, cuando recogen mayores experiencias revolucionarias y maduran en algunas semanas, a veces en unos días, más que en diez años, cuando aparecen sobre la escena de la revolución hasta algunos elementos de la clase que habitualmente no participan en el movimiento, aunque se trate de sus intereses cotidianos inmediatos. La organización desperdicia así energías que podrían haber sido aprovechadas y, cuando su influencia se extiende, se convierte en un freno a la actividad creadora, revolucionaria y espontánea de las masas.

Es evidente que esta objeción nos lleva al problema ya evocado: ¿cómo puede el proletariado penetrarse ideológicamente de su voluntad revolucionaria, según una línea clasista? El "Manifiesto Comunista" caracteriza muy netamente los contactos entre el partido revolucionario del proletariado y el conjunto de clase. "Los comunistas no se distinguen de otros partidos obreros más que por dos puntos: en las diferentes luchas nacionales de los proletarios anteponen y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad, que son comunes a todos los proletarios y, en las diferentes fases que atraviesa la lucha entre los proletarios y los burgueses, ellos representan siempre los intereses del proletariado en su conjunto. Prácticamente, los comunistas son, por lo tanto, la fracción más resuelta de los partidos obreros en todos los países la fracción que arrastra a todas las otras; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de una inteligencia clara de las condiciones de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario". En otros términos: ellos son la encarnación visible de la conciencia de clase del proletariado. Y la cuestión de su organización depende de la manera probable en que el proletariado conquiste verdaderamente su propia conciencia de clase, y la haga enteramente suya. Aquél que no ponga en duda pura y simplemente la función revolucionaria del partido, reconocerá que esto no se hace automáticamente bajo el efecto mecánico de las fuerzas económicas de la producción capitalista, ni por el simple desarrollo orgánico de la espontaneidad de las masas. La diferencia entre la concepción que tenía Lenin del partido y los otros conceptos reposa esencialmente en dos puntos: primeramente la diferenciación económica en el seno del proletariado (la aparición de la aristocracia obrera, etc.), está analizada más a fondo y en todas sus consecuencias; segundo, la cooperación revolucionaria del proletariado con las otras clases está tomada dentro de la perspectiva histórica nueva en que ha sido trazada. De ahí surge una importancia creciente del proletariado en la preparación y en la dirección de la revolución y, por consiguiente, en el papel dirigente del partido en lo que concier-

ne a la clase obrera.

El nacimiento y la importancia creciente de la aristocracia obrera llega, a partir de este punto de vista, al hecho siguiente: la divergencia permanente, aunque relativa, entre los intereses cotidianos inmediatos de algunas capas obreras y los verdaderos intereses de toda la clase, no hace más que aumentar y se petrifica en el desarrollo. El desarrollo capitalista, que al principio ha nivelado y unificado por la fuerza a la clase obrera dividida por el alejamiento geográfico y por la existencia de corporaciones de oficios, etc., crea ahora una nueva diferenciación. Y esto no tiene sólo por consecuencia que el proletariado no se oponga ya a la burguesía con hostilidad unánime. Además, aparece el peligro de que estas capas sociales sean capaces de influir a la clase obrera toda entera y hacerla retroceder en la medida en que, al tener acceso al estilo de vida pequeño burgués, ocupen puestos en la burocracia del partido, o en los sindicatos, a veces hasta en las municipalidades, etc., y esto a pesar (o más bien a causa) de su ideología aburguesada, de su falta de madurez de conciencia de clase proletaria. Dicho de otro modo: ellas contribuyen con su influencia en las organizaciones del proletariado a oscurecer la conciencia de clase de todos los trabajadores, a orientarlos hacia un acuerdo tácito con la burguesía.

Frente a tal peligro, ni la simple claridad teórica de los grupos revolucionarios conscientes, ni la agitación y la propaganda correspondientes pueden bastar. Pues durante mucho tiempo estos intereses antagónicos no aparecen claramente para todos los obreros, al punto que a veces sus representantes ideológicos no se percatan que se han apartado de los caminos de la clase obrera en su conjunto. Por esto, tales diferencias pueden estar fácilmente ocultas a los ojos de los obreros, y presentarse como "diferencias teóricas de opinión", simples "diferencias tácticas". El instinto revolucionario de los obreros, que se descarga a veces en amplias acciones espontáneas de masas, es incapaz de mantener la conciencia de clase al nivel alcanzado a través de la acción espontánea, y conservarla en tanto que adquisición duradera para toda la clase obrera.

Aunque no fuera más que por este motivo, la organización autónoma de elementos totalmente conscientes de la clase se vuelve esencial. Pero este estudio nos muestra que la forma de organización está para Lenin indisolublemente ligada a la previsión de la proximidad de la revolución. Pues es sólo en este contexto que toda la derivación del verdadero camino de la clase obrera aparece como fatal e irremediable; que la decisión tomada sobre una cuestión de actualidad, aparentemente sin gran importancia, puede tener un alcance considerable para toda la clase obrera; y es sólo dentro de este contexto que se vuelve vital para el proletariado ver materializarse a través de su partido, de manera bien visible y clara, el pensamiento y la acción que corresponden verdaderamente

ite a su situación de clase.

Pero la actualidad de la revolución significa, al mismo tiempo, que la efervescencia de la sociedad, el hundimiento de sus antiguas estructuras, no se limita únicamente al proletariado, sino que se apodera de todas las clases de la sociedad. El verdadero criterio de una situación revolucionaria es, en efecto, según Lenin, que "las capas inferiores de la sociedad no quieren vivir a la antigua manera, y también las capas superiores no pueden ya vivir a la antigua manera"; "la revolución no es posible sin una crisis de la nación entera que llegue tanto a los explotados como a los explotadores". Cuanto más profunda es la crisis, más numerosas son las capas sociales alcanzadas, tanto más encierra movimientos entrecruzados diferentes, y tanto más las relaciones de fuerza entre las dos clases de las que depende la lucha al fin de cuentas, la burguesía y el proletariado, se vuelven confusas y cambiantes. Si el proletariado quiere ser victorioso en esta lucha, debe alentar y sostener toda corriente que contribuya a pudrir a la sociedad burguesa, buscando integrar en todo movimiento revolucionario de conjunto todo movimiento elemental, por poco claro que sea, de cualquier sector oprimido. Y la cercanía de un período revolucionario se caracteriza también por el hecho de que todos los descontentos de la antigua sociedad buscan unirse al proletariado, o por lo menos aliarse con él. Aquí se sitúa precisamente un grave peligro. Pues si el partido del proletariado no está organizado de manera que garantice la justeza de la orientación de su política de clase, estos aliados, que siempre tienden a multiplicarse dentro de una situación revolucionaria, en lugar de ser una ayuda no pueden aportar más que el desorden. Por supuesto, las otras capas sociales oprimidas (campesinos, pequeño burgueses, intelectuales) no tienen los mismos objetivos del proletariado. El proletariado, si sabe lo que quiere y lo que debe desde el punto de vista de clase, puede aportar la liberación de la miseria social no sólo para sí mismo, sino también para las otras capas sociales. Si el partido, portador militante de la conciencia de clase, se muestra inseguro en cuanto al camino que debe seguir la clase obrera, si su mismo carácter proletario no está garantizado en el palmo de la organización, las mencionadas capas sociales invadirán el partido del proletariado y lo apartarán de su camino. Así, esta alianza, que en caso de una organización del partido proletario con clara conciencia de clase hubiera apresurado la revolución, puede convertirse en el peligro más grave para llegar a ella.

La idea directriz de Lenin sobre el partido tiene, en consecuencia, como los opuestos indispensables: por una parte la selección más severa de los miembros en función de su conciencia de clase proletaria y, por otra, la solidaridad y el apoyo más total de todos los oprimidos y explotados de la sociedad capitalista. Se unen así de manera dialéctica la exclusividad consciente de la finalidad y la universalidad, la dirección de la revolución en un sentido es-

trictamente proletario y el carácter general nacional e internacional de la revolución. La organización menchevique debilitó estos polos, los mezcló, los hizo descender hasta el compromiso y los reunió dentro de ese espíritu en el seno mismo del partido. Se formó con grandes sectores de explotados (por ejemplo, los campesinos), pero reunió en el partido grupos de intereses muy diversos, que le estorbaron el pensamiento y acción unitarios. Por consiguiente, en lugar de ayudar a la edificación dentro de la claridad necesaria de un frente decisivo para la victoria final, el frente del proletariado contra la burguesía, clase contra clase, en el caos de las clases en lucha (pues toda situación revolucionaria se expresa precisamente en un estado de trastorno caótico profundo de toda la sociedad), en lugar de reagrupar alrededor del proletariado a las organizaciones confusas de otros oprimidos, dicho partido se transforma él mismo en una mezcla confusa de elementos con intereses distintos. Sólo por medio de los compromisos internos puede desembocar en alguna acción, y entonces es llevado a remolque por grupos que poseen una conciencia más clara o que son más activos, o bien sólo les queda la actitud contemplativa fatalista frente a los acontecimientos. La idea directriz de Lenin concerniente a la organización representa, pues, una doble ruptura con el fatalismo mecanicista; es decir, el que concibe la conciencia de clase del proletariado como un producto mecánico de su situación de clase, y el que no ve en la revolución misma más que el efecto mecánico de fuerzas económicas que se desencadenan por fatalidad, y que conducirían casi automáticamente al proletariado a la victoria, cuando las condiciones objetivas de la revolución hayan "madurado". Pues si se debe esperar que el proletariado entre a la lucha decisiva conscientemente y en su totalidad, nunca llegará a presentarse esta situación revolucionaria. Por un lado, siempre habrá sectores proletarios que asistirán pasivamente a la lucha emancipadora de su propia clase y que, en último extremo, se unirán al campo enemigo (y esto tanto más a medida que el capitalismo está más desarrollado). Por otra parte, la actitud misma del proletariado, su firmeza y su grado de conciencia de clase, no son en modo alguno el producto fatal de la situación económica.

Es evidente que el mayor y mejor partido del mundo no puede "hacer" la revolución. Pero la forma en que reacciona el proletariado ante una situación dada depende ampliamente de la claridad y de la energía que el partido puede conferir a sus objetivos de clase. En la época de actualidad de la revolución, los viejos problemas de saber si la revolución puede hacerse o no adquieren una significación completamente nueva. Y por ello se transforman también los contactos entre el partido y la clase, al igual que el significado de los problemas de organización para el partido y el conjunto del proletariado. Hacer la antigua pregunta de saber si se debe "hacer" la revolución significa hacerla salir mágicamente de la nada, no podemos menos que negar este "hacer". Pero la actividad del partido en la época de la revolución significa otra cosa. Pues si el carác

ter fundamental de la época es revolucionario, una situación revolucionaria pue de presentarse a cada instante con toda su acuidad. Rara vez se puede determinar de antemano y con exactitud el momento y las circunstancias de su aparición. En cambio es posible determinar las tendencias que llevan a ella, al igual que los principios fundamentales de la acción adecuada cuando se inicia el proceso revolucionario. Sobre esta compresión histórica se basa la actividad del partido. El partido debe preparar la revolución, es decir, por una parte debe acelerar la maduración de las tendencias que conducen a la revolución, por su acción propia y por su influencia sobre la acción del proletariado y los otros sectores sociales oprimidos. Por otra parte, debe preparar al proletariado para la acción necesaria en una situación revolucionaria aguda, a la vez en el plano ideológico, táctico, material y de organización. Las cuestiones internas de la organización del partido se sitúan entonces en una perspectiva nueva. Tanto la antigua concepción (representada igualmente por Kautsky) de la organización como paso previo de la acción revolucionaria, como la de Rosa Luxemburgo de la or ganización como producto del movimiento revolucionario de masas aparecen como u nilaterales y no dialécticas. El partido, que tiene como función preparar la revolución, se vuelve a la vez -y con el mismo grado de intensidad- productor y producto, paso previo y fruto de los movimientos revolucionarios de masa. Pues la actividad consciente del partido descansa en el reconocimiento de la necesidad objetiva de desarrollo económico. Su severa delimitación organizativa vive en la interacción permanente y fructuosa con las luchas y la miseria elemental de las masas. Rosa Luxemburgo ha estado a veces muy cerca de esta interacción. Pero desconoció su elemento consciente y activo. Por esto, fue incapaz de reconocer el punto central que representa la concepción leninista del partido, la función preparatoria del partido; es por esto que debió equivocarse groseramente sobre todos los principios de organización que se derivan.

La situación revolucionaria no puede, evidentemente, ser un producto de la actividad del partido. La tarea de éste es prever la dirección que tomará el desarrollo de las fuerzas económicas objetivas, prever en qué deberá consistir la actitud adecuada de la clase obrera en las situaciones así creadas. En función de esta previsión, el partido debe preparar, dentro de lo posible, las masas proletarias para los desarrollos futuros, y prepararlos también a la defensa de sus intereses en función de este porvenir, en el plano intelectual, material y organizativo. Los acontecimientos y las situaciones que se desenvuelven son, sin embargo, productos de fuerzas económicas de la producción capitalista, que se manifiestan ciegamente y con la apariencia de leyes naturales. Pero esto tampoco se hace aquí de manera mecánica y fatalista. Pues ya hemos podido ver, con el sólo ejemplo de la desorganización económica de la feudalidad agraria de Rusia, que el proceso de disgregación económica mismo es seguramente un producto necesario de la evolución capitalista, y que sus efectos desde el punto de vista de

clase, las nuevas estratificaciones de clase consecuentes, no pueden fundarse con precisión en el proceso mismo, si se lo considera aisladamente, y que por lo tanto no son reducibles a dicho proceso. Dependen del contexto en el cual han tenido lugar. El destino global de la sociedad, sociedad cuyos elementos crean este proceso, es el momento decisivo el fin de cuentas, de su orientación. Pero en este conjunto las acciones de clase, ya sean elementales y espontáneas, o dirigidas conscientemente, juegan un papel decisivo. Y cuanto más trastornada está una sociedad, tanto más su "estructura normal" ha dejado de funcionar correctamente, tanto más su equilibrio social-económico está perturbado. En una palabra: cuanto más revolucionaria es una situación, tanto más determinante es el papel de la acción de clase. De ahí el desarrollo en conjunto de la sociedad, en la era capitalista, no se efectúa absolutamente de acuerdo a una línea directa y simple. Resulta más bien de la acción combinada de fuerzas en el seno de la totalidad social, de situaciones en las cuales se puede realizar una tendencia determinada... cuando la situación ha sido comprendida con justicia y explotada en consecuencia. Pero la evolución de las fuerzas económicas que aparentemente han llevado a esta situación de manera irresistible no prosiguen el curso seguido hasta entonces, pues si se ha dejado escapar esta situación, en extraer las consecuencias, la carrera se transforma con frecuencia en una marcha en dirección opuesta. (Imaginemos la situación de Rusia si, en noviembre de 1917, los bolcheviques no hubieran tomado el poder, si no hubiesen llevado a buen término la revolución agraria. Una solución "prusiana" del problema agrario no hubiera estado enteramente excluida, es verdad, bajo un régimen contra-revolucionario, pero que, comparado con el zarismo, hubiera mostrado los rasgos de un capitalismo moderno).

Es sólo cuando se conoce bien el contexto histórico dentro del cual debe actuar el partido del proletariado que se puede comprender realmente su organización. Esta descansa sobre las inmensas tareas históricas que el período de declinación del capitalismo presenta al proletariado, sobre las inmensas responsabilidades en la escala de la historia universal que dichas tareas imponen a la capa dirigente y consciente del proletariado. Como representante de los intereses de conjunto del proletariado (y, de modo mediato, de los intereses de todos los oprimidos, del porvenir de la humanidad), y a partir del conocimiento del conjunto de la sociedad, el partido debe reunir en sí todas las contradicciones por las cuales se expresan las tareas impuestas por el centro mismo de la totalidad social. Ya hemos recalcado que la selección más severa debe regir para los miembros del partido en cuanto al grado de conciencia de clase y a la devoción absoluta a la causa de la revolución, que debe correr pareja con al enterar absorción en la vida de las masas sufrientes y combatientes. Y toda tentativa por cumplir con una sola de estas exigencias termina en una petrificación sectaria de los grupos, incluso de aquellos compuestos por auténticos revolucionarios.

rios. (Este es el fundamento de la lucha que Lenin llevó contra el "izquierdismo", desde el otsovetismo hasta el Partido Comunista Obrero Alemán K.A.P.D., y mucho más allá de éstos). Pues la severidad de sus exigencias frente a los miembros del partido no es más que un medio de hacer adquirir conciencia al conjunto de la clase obrera (y por su intermedio a todas las clases sociales explotadas por el capitalismo) de sus verdaderos intereses, de todo lo que está en la base de sus acciones inconscientes, de sus pensamientos y de sus sentimientos confusos.

Pero es sólo en la acción, en la lucha, que las masas adquieren conciencia de sus intereses, en una lucha cuyas bases sociales y económicas están en cambio perpetuo, y en la cual las condiciones y los medios de lucha se transforman sin cesar. El partido dirigente del proletariado no puede realmente realizar su misión si no es adelantándose siempre un paso, pues debe estar siempre a la cabeza de un combate de masas. Su claridad teórica no es por lo tanto valedera más que en caso de no limitarse a la simple justicia de la teoría en general, y ha de dejar culminar a la teoría en el análisis concreto de la situación concreta, cuando la justicia teórica no expresa nada más que el contenido de la situación concreta. Por esto el partido debe tener la claridad teórica y la firmeza necesarias para mantenerse en el buen camino, pese a las fluctuaciones de las masas, e incluso corriendo el riesgo de aislarse momentáneamente. Pero, por otra parte debe seguir siendo receptivo y adaptable, sacar provecho de todas las manifestaciones provenientes de las masas, por confusas que sean y revelar a las masas las posibilidades revolucionarias que ellas son incapaces de ver por sí mismas.

Por esto el partido no puede ajustarse a la vida de la totalidad sin la más estricta de las disciplinas dentro del partido; si este no es capaz de adaptar instantáneamente su conocimiento teórico a la situación en perpetuo cambio, queda detrás de los acontecimientos, de dirigente se convierte en dirigido, pierde contacto con las masas y se desorganiza. De ahí que la organización deba funcionar siempre con el mayor rigor y la más gran severidad, a fin de transformar en el momento dado esta facultad de adaptación en hechos. Pero esto significa al mismo tiempo que la exigencia de adaptabilidad debe aplicarse permanentemente a la organización misma. Una forma de organización que ha sido útil para objetivos precisos, en un caso determinado, puede convertirse directamente en un obstáculo en condiciones de lucha diferentes.

Pues en la esencia de la historia está el producir siempre lo nuevo. Esta novedad no puede calcularse por adelantado gracias a alguna teoría infalible: debemos reconocerla en la lucha en sus primeros gérmenes y hacerla progresar hacia la conciencia clara. El partido no tiene por tarea imponer a las masas un tipo determinado de comportamiento abstractamente elaborado, sino por el contrario, aprender permanentemente de las luchas y de los métodos de lucha de las ma-

sas. Y al preparar las acciones revolucionarias futuras el partido debe ser activo, incluso al estudiar el comportamiento de las masas. Debe volver a éstas conscientes y ligar a la totalidad de las luchas revolucionarias lo que las masas han inventado espontáneamente, gracias a su instinto de clase; debe, para emplear las palabras de Marx, explicar a las masas su propia acción, no sólo para asegurar la continuidad de las experiencias revolucionarias del proletariado sino también para activar conscientemente el desarrollo ulterior de dichas experiencias. La organización debe integrarse como instrumento en el conjunto de estos conocimientos y de las acciones que se deducen de ellos. Si no lo hace así, la organización será sobrepasada por la evolución de las cosas que no ha comprendido y que, por lo mismo, ha controlado poco. Esto explica que todo dogmatismo en la teoría y toda petrificación en la organización serán fatales para el partido. Pues como lo dice Lenin, "cada nueva forma de lucha, unida a nuevos riesgos y a nuevos sacrificios, desorganiza inevitablemente las organizaciones que no están preparadas para el combate". El deber del partido (para sí mismo igualmente, y con mayor motivo) es el de recorrer ese camino necesario, libre y conscientemente, convertirse antes que el peligro de desorganización sea real y actuar sobre las masas gracias a esta transformación, educándolas y animándolas.

Pues, táctica y organización no son más que dos aspectos de un todo indivisible. No se puede obtener resultados reales si no es actuando sobre las dos a la vez. Cuando se trata de obtener resultados hay que ser a la vez consecuente y capaz de adaptación, mantener inexorablemente los principios y permanecer abierto a los cambios diarios. No hay nada en el plano táctico, o en el organizativo, que en sí aparezca como bueno o malo. Sólo los contactos con todo el destino de la revolución proletaria hacen que una idea, una medida, etc., sean justas o falsas. Es por esto que Lenin, tras la primera revolución rusa, combatió con igual inflexibilidad a los partidarios del abandono de la ilegalidad, pretendidamente inútil y sectaria, y a aquellos que, al entregarse completamente a la ilegalidad, rechazaban las posibilidades legales; es por esto también que Lenin demostró desden tan inmenso ante la absorción total por el parlamentarismo o el antiparlamentarismo de principio.

Lenin no sólo no ha sido políticamente un utopista, sino que jamás se hizo ilusiones sobre el material humano de su época. "Queremos -dijo en el primer período heroico de la revolución proletaria victoriosa- instaurar el socialismo con hombres que han sido educados, podridos y corrompidos por el capitalismo, pero que justamente han sido templados por éste para el combate". Las exigencias enormes que la idea leninista de la organización impone a los revolucionarios profesionales no tienen en sí nada de utópicas, y tampoco nada del carácter superficial de la vida cotidiana, de la facticidad que acompaña a lo empírico. La organización leninista es en sí misma dialéctica y, por lo tanto, no es solamente el producto de un desarrollo histórico dialéctico, sino su promotora consciente en

la medida en que es a la vez producto y productora de su propia realidad. Los hombres crean ellos mismos su partido. Les es necesario lograr un elevado grado de conciencia de clase y de abnegación para querer y poder participar en la organización; pero se convierten en verdaderos revolucionarios profesionales tan sólo en la organización y por la organización. El jacobino que adhiere a la clase revolucionaria procura por medio de su resolución, su capacidad de acción, su sabiduría y su entusiasmo, dar forma y claridad a la clase. Pero es siempre el ser social de la clase, lo que determina el contenido y el sentido de sus acciones. No se trata de la acción por procuración de la clase, sino la actividad misma de dicha clase en su apogeo. El partido llamado a dirigir la revolución proletaria no se presenta como ya listo para asumir su misión: éste tampoco es, pero llega a ser. Y el proceso de interacción fructífera entre partido y clase se repite, aunque de manera distinta, en los contactos entre el partido y los miembros de su partido. Pues, como dice Marx en su tesis sobre Feuerbach: "La teoría materialista, que quiere que los hombres sean producto de las circunstancias y de la educación, que hombres transformados sean, en consecuencia, producto de otras circunstancias y una educación diferente, olvida que las circunstancias son precisamente transformadas por los hombres, y que el educador mismo debe ser educado". La concepción leninista del partido es la ruptura más brutal con la vulgarización mecanicista y fatalista del marxismo. Es la realización práctica de su naturaleza más auténtica y de sus tendencias más profundas. "Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de maneras diversas; ahora se trata de cambiarlo".

MANIFEST 72. Moviment Socialista de Catalunya

EN EL CAMINO DE LA CONSTRUCCION ORGÁNICA DEL MOVIMIENTO OBRERO Y POPULAR

El proceso de la clase obrera y del movimiento popular hacia la auto-organización tiene como objetivo la construcción de unas organizaciones potentes, aptas para agrupar amplios sectores de las masas obreras y populares, y permitir así que su lucha adquiera cada vez mayor fuerza y una orientación más justa.

El movimiento de las masas no puede confiarse a la espontaneidad, a la improvisación. Se necesitan instrumentos para abrir y potenciar las luchas, para impedir la incomunicación de las experiencias, para evitar el aislamiento de las iniciativas. Se necesitan unas organizaciones potentes, forjadas en la lucha y en la discusión, unas organizaciones generales y específicas, adecuadas a los diversos marcos de lucha. El movimiento obrero y popular es el conjunto, el enramado, el resultado, de estas organizaciones políticas, sindicales y sociales.

En el terreno político, es evidente que no hay, hoy día, unas condiciones aptas para que la clase obrera y capas populares confluyan en una única organización. La historia, las realidades internacionales y nacionales, las diferencias existentes entre las concepciones sobre el que ha de ser el partido de la revolución socialista, sobre las características en nuestro país del socialismo en gestación, marcan unos condicionamientos claros y determinan que el pluralismo político sea, en el seno del movimiento obrero y popular, un hecho a tener en cuenta. Se trata de un problema que no se soluciona ni se solucionará con palabras, con afirmaciones del tipo de "nosotros somos el partido de la clase obrera", "nosotros somos la vanguardia del proletariado", etc.

Se trata de un problema al cual hay que enfrentarse con dos actitudes: reconociendo las discrepancias y afrontándolas sin sectarismos, mediante la discusión y la práctica; reconociendo las confluencias y afrontándolas con una dinámica unitaria orientada hacia la construcción de unas fuerzas políticas obreras y populares, coherentes y fuertes.

Por otra parte, la historia decidirá, de una manera irrecusable, aciertos y fallos, y marcará sin duda nuevos marcos para la unificación política de la clase. Unificación que, por otra parte, no es condición previa de un proceso revolucionario en el que pueden existir diversos centros políticos del movimiento obrero y popular unidos por unos objetivos y una dinámica comunes.

En esta perspectiva, nosotros -que nos consideramos herederos, si bien no discípulos acríticos, de las corrientes socialistas revolucionarias y comunistas antiestalinistas del movimiento obrero catalán- aspiramos a jugar un papel lo más importante posible, en la construcción de una gran fuerza política que los sectores socialistas revolucionarios de la clase obrera, el campesinado, el mundo estudiantil, los sectores de técnicos e intelectuales asalariados y los sectores de profesionales en conflicto con el sistema capitalista. El re-

chazo de considerarnos hoy como un partido, el hecho de concebirnos como un movimiento abierto y dinámico, están marcados por esta voluntad de participar activamente en el proceso de construcción de un partido, que quisiéramos que fuera el partido de la revolución socialista en Catalunya.

El papel del partido

Qué entendemos por partido de la revolución socialista? No un partido orientado a la toma del poder en tanto que partido, sino la organización política donde converjan, en curso del proceso revolucionario, la mayor cantidad de voluntades obreras y populares, porque se muestra capaz de elaborar, en constante contraste con las otras organizaciones del movimiento obrero y popular, las consignas más justas, los análisis más exactos, las orientaciones más acertadas. Concebimos este partido como un instrumento de síntesis permanente, donde se reuna la experiencia del pasado, el saber teórico-político de los elementos más capacitados, la aportación constante de experiencias de lucha de las masas en los diversos terrenos.

Este partido ha de ser una organización totalmente democrática y totalmente disciplinada. Democrática por rechazo de toda forma de instrumentalización de un núcleo dirigente autoreproducido por mecanismos de cooptación -rasgo orgánico característico de las organizaciones estalinistas-; por la práctica de una deliberación permanente a todos los niveles orgánicos; por la electividad y revocabilidad reales de todos los cargos de responsabilidad y dirección; por la libertad total de discusión -incluso de formación de plataformas políticas discrepantes en períodos congresuales-. Totalmente disciplinada, por la práctica de un auténtico centralismo democrático, con subordinación de la minoría a la mayoría y aplicación estricta de los acuerdos mayoritarios.

La relación entre partido y organizaciones de masas del Movimiento Obrero y Popular, ha de partir del respeto estricto del principio de autonomía de decisión de cada cual. Esto implica el rechazo, no sólo teórico sino fáctico, de la concepción de las organizaciones de masas como "correas de transmisión del partido". Implica, asimismo, el rechazo de concebir las organizaciones de masas como formas de lucha estrictamente sectorial y limitada.

Es en la alianza -ulterior a un acuerdo explícito y profundo sobre los objetivos- entre organizaciones de masas y fuerzas políticas del movimiento obrero y popular, que se halla la base instrumental para marchar hacia la revolución socialista.

El papel de las organizaciones de masas

Sin la concientización, la movilización y la organización de las masas obreras y populares no hay marcha hacia el socialismo. Por esto la formación de unas potentes organizaciones de masas, obreras y populares, ha de ser una pre-

cupación esencial de los socialistas.

Estas organizaciones de masas se desenvuelven hoy, en nuestro país, en primer lugar en el terreno de la explotación de la clase obrera, esencialmente en forma de comisiones obreras; pero también en otros diversos terrenos donde toma cuerpo la lucha de clases: en el mundo campesino, entre los estudiantes y enseñantes, en el campo de los conflictos urbanos y de la problemática de los barrios, de los sectores profesionales (médicos, abogados, etc...), en el mundo de la cultura y de la información, etc...

El objetivo esencial de las organizaciones de masas, es el desarrollo de la lucha de masas en los diversos campos de enfrentamiento entre explotados y explotadores. En este sentido, su acción es política y revolucionaria, ya que termina siempre por poner en cuestión el poder y la misma existencia de las clases dominantes.

No obstante, hay una condición esencial para una auténtica eficacia revolucionaria de las organizaciones de masas: su carácter unitario. Sólo si la organización de masas sabe ser portavoz leal de las aspiraciones concretas del sector social explotado que trata de representar adquirirá una fuerza y un rol plenamente revolucionarios. Esto quiere decir que la organización de masas no puede representar a un partido, no puede estar subordinada a un partido, sino que ha de representar -subordinándose democráticamente- el sector social específico. La autonomía, no sólo formal sino real, de las organizaciones de masas frente a los partidos obreros y populares es una condición necesaria para una estrategia revolucionaria.

Por esto creemos que es preciso combatir las tradiciones reformistas y estalinistas que coinciden en la concepción de las organizaciones de masas como instrumentos fieles de la política del partido.

En las organizaciones de masas han de confluir los militantes políticos, los sindicales, los no encuadrados, elaborando conjuntamente, de una forma autónoma y democrática, la línea de actuación. El papel de los militantes políticos, evitando toda instrumentalización, debe consistir en hacer prevalecer razones, en discutir democráticamente las implicaciones políticas de las luchas, en propiciar una unidad sólida entre las organizaciones políticas revolucionarias y las organizaciones de masas, basada en una convergencia de criterios y de luchas que haga posible avanzar unitariamente hacia el socialismo.

Documento de estudio y reflexión del Partido Socialista Francés; CONGRESO DE PAU, 1975.

1. Un partido al servicio de los trabajadores

El Partido Socialista no tiene por finalidad ejercer las responsabilidades gubernamentales para arreglar los asuntos de la burguesía, sino tomar el poder para conducir a Francia hacia el socialismo con el acuerdo de una mayoría.

La aplicación de un programa común de gobierno y la puesta en práctica de una transición hacia el socialismo están subordinadas a la existencia de un Partido Socialista vigoroso, popular y democrático. Este debe representar un punto de polarización alrededor de un proyecto autogestionario, de caras a reforzar las posibilidades de un gobierno de Unión de la izquierda. Por tanto, debe estar presente en todos los terrenos lucha y en todos los niveles de la actividad social.

La unificación de estas luchas diversas sólo es posible en un combate político global. Un Partido Socialista tiene, precisamente, por misión, asegurar una ligazón permanente entre movilización de masas y lucha política, condición indispensable de una estrategia anticapitalista.

La Derecha puede permitirse reducir una organización política a algunos aparatos electorales destinados a asegurar, a través de algunos clanes y personas, la promoción de nuevos equipos gubernamentales. La Izquierda no, ya que su proyecto no se limita a un acceso al poder, ya que implica una transformación profunda de las estructuras económicas y políticas del país.

Aparte de las funciones de potenciación, de unificación de las luchas y de preparación para la acción gubernamental, un Partido socialista que quiera cumplir enteramente su misión debe asumir también otras funciones:

- una función de memoria selectiva de experiencias, de elaboraciones estratégicas, de búsquedas anteriores del movimiento obrero. Sin ella los militantes socialistas deberían partir de cero en cada una de las acciones que llevasen a cabo;
- una función de encuentro para los hombres y mujeres que militan en sectores diferentes y que no pueden efectuar su misión si no disponen de un lugar de información y confrontación: así podrán ser evitadas las divisiones entre elegidos y militantes, entre "dirigentes" y "dirigidos", entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, que caracterizan la división social del trabajo en el sistema capitalista;
- una función de síntesis y de elaboración colectiva. Se presenta entonces la concepción del trabajo intelectual necesario como una función de todos, y no únicamente de los intelectuales en el seno del partido.

Además, el Partido, haciendo la síntesis entre lo deseable y lo posible, y

elaborando sus opciones, debe presentar las alternativas serias que constituyen una ruptura seria con el sistema capitalista y prepararse para asumir responsabilidades de cara al problema del poder.

La utilización de un programa gubernamental no es únicamente la de hombres presidiendo su aplicación, sino la del conjunto de la organización, en todos sus niveles. En estos momentos, sería erróneo pensar que el conjunto de batallas a librar pueden y deben ser llevadas a cabo únicamente por los partidos. Otras organizaciones -en particular los sindicatos y diversas asociaciones (familiares, culturales, locales, etc.)- juegan un papel esencial. Todas estas organizaciones, si no tienen parte en las responsabilidades gubernamentales, deben intervenir en la elaboración de un proyecto de sociedad y contribuir a los debates estratégicos del conjunto de la Izquierda. Hay que buscar, entonces, la unidad de acción de los partidos y de otras organizaciones, respetando su especificidad y su autonomía, para iniciar así un verdadero frente de clase.

2. Por una movilización del Partido

Pueden fijarse a los socialistas cuatro objetivos precisos para los dos próximos años:

- a/ Por un fortalecimiento de la militancia: acentuar nuestra participación en las luchas sociales;
- b/ Para consolidar la base de clase del Partido, acrecentar nuestras fuerzas en el sector de la producción;
- c/ Mejorar nuestra organización;
- d/ Por la formación, acoger mejor los nuevos adeptos, mantener el trabajo de los militantes y prepararse para las futuras circunstancias.

A partir de estos objetivos, propuestas concretas son sometidas aquí a los militantes, a los sectores, a las federaciones, y al Congreso.

A. POR UN FORTALECIMIENTO DE LA MILITANCIA, ACENTUAR NUESTRA PARTICIPACIÓN EN LAS LUCHAS SOCIALES.

La acción militante de sectores socialistas ha sido, en estos últimos años, frecuentemente dominada por temas generales ("pour le socialisme") o electorales ("battre le pouvoir"). En el período actual, hay que orientar, preferentemente, hacia temas más concretos la acción militante de los socialistas, y dar prioridad a la participación activa en las luchas sociales a nivel local y en las empresas:

- solidaridad activa de secciones y federaciones en ocasión de cada conflicto social;
- participación de los militantes en la acción de las organizaciones sindicales de las que son miembros, dentro del respeto a la autonomía sindical y a la democracia obrera;
- participación activa de los militantes en las organizaciones, aso-

ciaciones y grupos de lucha sobre los problemas concretos (calidad de la vida, consumo, medio ambiente, la condición de la mujer, escuelas, acción cultural, etc.). Estos militantes llevarán también una acción local en el marco de trabajo de su sector, a través de grupos de intervención propios del partido, militando sobre u otro de estos problemas... Estos grupos podrán coordinarse paulatinamente a todos los niveles, departamental, regional y nacional;

- consideración de las reivindicaciones que van en el sentido de una real descentralización, en particular aquellas de las minorías por el reconocimiento de su identidad.

Se buscará en torno a estos problemas la unidad de acción con aquellas organizaciones de masas que se definen socialistas, siempre respetando la autonomía de cada participante.

B. PARA CONSOLIDAR LA BASE DEL PARTIDO: ACRECENTAR NUESTRAS FUERZAS EN EL SECTOR DE LA PRODUCCIÓN.

Para quienes contribuyen al desarrollo del socialismo, un Partido socialista es el útil de que se dotan aquellos que sufren más directamente la explotación y dominación capitalistas. Esta tarea, sólo la puede cumplir si su propia base social es suficientemente obrera y popular. Esto no es fácil: la estructura de la vida política francesa, las consecuencias de la división social del trabajo constituyen obstáculos al enrolamiento político de militantes de empresas y del sector agrícola.

El Partido socialista se caracteriza pues, fundamentalmente, por la voluntad de dar una verdadera prioridad política y material a su implantación en los lugares de trabajo. Pero esta voluntad sólo dará fruto si el Partido crea en su seno los elementos de equilibrio suficientemente fuertes para compensar la gran desigualdad de acceso a la expresión política que caracteriza los régimes capitalistas: desarrollo prioritario de los sectores de empresa y agrícola, alternativas estructurales y financieras permitiendo al mismo tiempo la información y la formación de los militantes, acceso a cargos de responsabilidad, en particular a las mujeres, a los obreros, a los agricultores, que son los más afectados por la desigualdad económica y cultural. Este trabajo debe desembocar en la creación de secciones o grupos de empresas en cada empresa o establecimiento de más de mil a salarios.

Habrá que orientar con prioridad la propaganda de las federaciones y las secciones hacia las empresas, con el apoyo activo del Partido a las luchas sociales en el nivel local, y, en particular, la participación activa de los elegidos locales.

Esta acción conducirá al Partido a desarrollar relaciones privilegiadas con las organizaciones sindicales. Estas relaciones deben establecerse respetando la independencia dentro de la solidaridad. Independencia de cada uno en la elabora-

ción de su análisis, de su estrategia, de su proyecto y de sus decisiones propias. Solidaridad porque el adversario de clase es el mismo y las decisiones de unos y otros interfieren constantemente.

El P.S. refusa toda concepción de las relaciones partido-sindicato que tienda a subordinar el sindicato al partido o viceversa. La función del sindicalismo es expresar las aspiraciones de los trabajadores, asumir sus reivindicaciones, luchar por la transformación de las relaciones sociales.

A través de su historia, el sindicalismo ha mostrado que, para asumir la totalidad de sus responsabilidades, no puede descuidar la repercusión política de sus luchas. Pero es la función del partido plantear la cuestión del poder político.

C. MEJORAR NUESTRA ORGANIZACIÓN.

a) Adaptar los organismos responsables al desarrollo del Partido. El desarrollo del Partido y la integración en su seno de todas las corrientes del socialismo piden una adaptación de sus estructuras. Para asegurar una justa representación de las diversas corrientes, se ha pedido dentro de los plazos estatutarios la revisión del artículo 34, relativo al Comité directivo, a fin de que el Congreso pueda decidir aumentar su número de miembros. El Comité directivo se reunirá cada dos meses dos días consecutivos en sesión ordinaria para debatir los grandes dossiers políticos. La misma inquietud de integrar ampliamente todas las corrientes a la vía del Partido requerirá un Bureau ejecutivo más numeroso que pueda asegurar convenientemente esta representación. La Convención nacional ordinaria se reunirá entonces cada año en el intervalo entre dos Congresos ordinarios, para valorar la actuación de los organismos centrales.

Cada organismo de dirección y ejecución de la sección del secretariado nacional del Partido comprenderá una -o un- secretario responsable, encargada de los problemas de la condición femenina en la sociedad y en el Partido socialista, dando de todas las ayudas necesarias.

b) Dotarse de nuevos medios. La actividad de las permanentes es una de las razones de la eficacia de ciertas federaciones departamentales del Partido socialista. Esta situación puede, mediante un esfuerzo sostenido, ser extendida, teniendo como objetivo: "una federación, un local, una permanente".

Ciertos miembros del Comité directivo se encargarán de informar regularmente a las federaciones y de seguir el trabajo de éstas, para que las secciones locales o de empresas mantengan una actividad permanente, sin limitarse a los períodos de crisis o electorales.

Disponer de un local aparece como condición necesaria para asegurar la continuidad de la acción.

Cada federación debe disponer de medios para coordinar la acción militante entre las diferentes secciones y con las direcciones nacionales. Una permanente podrá encargarse de una gran parte de las cuestiones técnicas.

c) Potenciar una regionalización del Partido. Esto implica un apoyo constante del Partido a las luchas regionales. Deben crearse comités regionales. Se compondrán de dos representantes por federación y deberán reunirse como mínimo cada mes.

Los miembros socialistas de los consejos regionales elegirán los delegados que se asociarán al trabajo de los comités regionales. Estos delegados se reunirán asimismo en el seno de una Conferencia de delegados de región.

D. POR LA FORMACION, ACOGER MEJOR A NUEVOS MILITANTES

a) La importancia del flujo de adhesiones registrado desde hace algunos meses, impone la necesidad de una amplia campaña de formación en el seno de los sectores para que puedan convertirse en militantes activos:

- utilización de una parte suficiente del presupuesto del Partido en esta formación;
- creación de períodos de formación de larga duración (1 a 4 semanas) durante los que los militantes recibirán una indemnización por la pérdida de salario;
- desarrollo masivo de los métodos audiovisuales para asegurar la formación descentralizada en las federaciones y los sectores.

b) Apoyar el trabajo de los militantes, particularmente en las empresas, con una formación adaptada: la nueva orientación de la militancia en las luchas dentro y fuera de la producción impone una adaptación continuada de los militantes a nuevas situaciones, en función de su trabajo político en las empresas o en los barrios.

c) Preparar las futuras elecciones, especialmente con la formación de candidatos, masculinos y femeninos.

La evolución actual de la vida política y las nuevas situaciones que nacerán de la acción de los militantes socialistas, nos imponen la necesidad de prepararnos para las próximas elecciones. Elecciones que pueden convertirse en un triunfo si los objetivos propuestos más arriba son perseguidos y alcanzados.

Para preparar estas victorias, el Partido debe desde ahora asegurar la formación política de los equipos que se encargaran del debate electoral. La victoria no será la de un candidato, sino la de todos los militantes del Partido que llevan un trabajo constante en las luchas cotidianas de los trabajadores.

Esta tarea no debe dejarse para el último momento. Si se lleva a cabo metodicamente, permitirá enlazar mejor que en el pasado la práctica militante diaaria con la acción que exige un período electoral.

A. GRAMSCI. *La política y el Estado moderno, 1971*

La cuestión de saber cuándo está formado un partido, es decir, cuándo tiene una tarea precisa y permanente, da lugar a muchas discusiones y, a menudo, a una forma de orgullo no menos ridículo y peligroso que el "orgullo de las naciones" de que habla Vico. Ciento es que se puede decir que un partido nunca está formado, en el sentido de que todo desarrollo crea nuevas tareas y misiones y también en el sentido de que para algunos partidos es cierta la paradoja de que sólo están plenamente formados, sólo son completos cuando ya no existen, es decir, cuando su existencia resulta históricamente inútil. Así, dado que todo partido es solamente una nomenclatura de clase, es evidente que para el partido que se propone anular la división en clases, su perfección y su plenitud consisten en haber dejado de existir, porque ya no existen clases ni, por tanto, la expresión de éstas. Pero aquí queremos referirnos a un momento particular de este proceso de desarrollo, al momento que sigue a aquel en que un hecho puede existir o no existir, en el sentido de que la necesidad de su existencia todavía no es "perentoria" sino que depende en "gran parte" de la existencia de personas de extraordinario poder volitivo y de extraordinaria voluntad.

¿Cuándo un partido se hace "necesario", históricamente? Cuando las condiciones de su "triunfo", de su inevitable hacerse Estado están, por lo menos, en vías de formación y dejan prever normalmente sus desarrollos ulteriores. Pero, ¿cuándo puede decirse, en tales condiciones, que un partido no puede ser destruido con medios normales? Para responder hay que desarrollar un razonamiento: para que exista un partido es necesario que conluyan tres elementos fundamentales (es decir, tres grupos de elementos):

1. Un elemento difuso, de hombres comunes, medios, cuya participación viene dada por la disciplina y la fidelidad, no por el espíritu creador y altamente organizativo. Sin ellos, el partido no existiría ciertamente, pero también es verdad que "sólo" con ellos el partido tampoco existiría. Son una fuerza en la medida en que hay quien les centraliza, organiza, disciplina; si faltase esta fuerza cohesiva, se desperdigarían o se anularían en un polvillo impotente. No se niega que cada uno de estos elementos pueda convertirse en una de las fuerzas cohesivas, pero se habla de ellos precisamente en el momento en que no lo son ni están en condiciones de serlo, o si lo son únicamente en un círculo limitado, políticamente ineficiente y sin consecuencias.

2. El elemento cohesivo principal, que se centraliza en el ámbito nacional, que da eficiencia y potencia a un conjunto de fuerzas que si se abandonasen a sí mismas no contaría para nada o para casi nada; este elemento está dotado de una fuerza altamente cohesiva, centralizadora y disciplinadora y también -y quizás por esto mismo- inventiva (si se entiende "inventiva" en un determinado sentido, según ciertas líneas de fuerza, ciertas perspectivas, cier-

tas premisas). Es verdad que este elemento por sí solo tampoco formaría el partido, pero lo formaría más que el primer elemento considerado. Se habla de capitanes sin ejército, pero, en realidad, es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Lo demuestra el hecho de que un ejército ya formado es destruido si faltan los capitanes, mientras que un grupo de capitanes que estén de acuerdo entre ellos y tengan fines comunes no tardan en formar un ejército, incluso cuando éste es totalmente inexistente.

3. Un elemento medio que articula el primer elemento con el segundo, que los pone en contacto, no sólo "físico" sino también moral e intelectual. En la práctica, para cada partido existen "proporciones definidas" entre estos tres elementos y se llega al máximo de eficacia cuando estas "proporciones definidas" se realizan.

Por todas estas consideraciones, se puede decir que un partido no puede ser destruido con medios normales cuando, al existir necesariamente el segundo elemento -cuyo nacimiento está ligado a la existencia de las condiciones materiales objetivas (y si este segundo elemento no existe, es inútil todo razonamiento)-, aunque sea en un estado disperso y fluido, no pueden dejar de formarse los otros dos, el primero de los cuales forma necesariamente el tercero como su continuación y su medio de expresión.

Para que esto ocurra, es preciso que se haya formado la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Sin esta convicción no se formará el segundo elemento, cuya destrucción es la más fácil, por lo reducido de su número; pero es necesario que este segundo elemento, si es destruido, haya dejado como herencia un fermento que permitirá su reproducción. ¿Y dónde subsistirá mejor este fermento, dónde podrá formarse mejor que en el primer y en el tercer elementos, que son, evidentemente, los más homogéneos respecto al segundo? Por esto es fundamental la actividad del segundo elemento para la constitución de estos elementos. El criterio para juzgar el segundo elemento deberá buscarse: a) en lo que hace realmente; b) en lo que prepara, ante la hipótesis de su destrucción. Es difícil decir cuál de estos dos hechos es más importante. En la lucha siempre se tiene que prever la derrota; por esto la preparación de los propios sucesores es un elemento tan importante como todo lo que se hace para vencer.

A. GRAMSCI. La política y el Estado moderno. 1971

en el que se sitúa el desarrollo económico tanto en su etapa de crecimiento como en la de estancamiento, y que muestra las causas y las consecuencias de la crisis económica. El autor analiza la situación política y social en la que se encuentra España, y propone una serie de medidas para superarla. En particular, destaca la necesidad de fortalecer las instituciones democráticas y la importancia de la cultura popular y la educación popular en la transformación social.

INDICE

Presentación	1
D. Motchane y J.P. Chevénement, "Pour le socialisme, 1973	8
D. Motchane y J.P. Chevénement, "Clefs pour le socialisme, 1973 ..	25
L. Basso "Sindicalismo y política en la sociedad industrial contemporánea", 1969	32
Claude Lefort, "¿Qué es la burocracia?", 1970	34
José Stalin. "Fundamentos del leninismo". 1975	40
Lucien Laurat. Prólogo al escrito de Rosa Luxemburg. "Marxismo, reformismo y leninismo".	51
Georg Luckács, "Lenin", 1968	57
Manifest 72." Moviment Socialista de Catalunya"	68
"Documento de estudio y reflexión del Partido Socialista Francés"; Congreso de Pau, 1975	71
A. Gramsci. "La política y el Estado moderno", 1971	76

ÍNDICE

7	Presentación
10	D. Molchanov y T.R. Chavánovskiy, "Por el socialismo"
112	D. Molchanov y T.R. Chavánovskiy, "Otra obra de análisis"
113	L. Basso "Gnósticos y polípticos en el socialismo contemporáneo"
125	Juan, "1901"
143	Osvaldo Llach, "Qué es el socialismo", 1920
149	José Sertil, "Un análisis del socialismo", 1920
151	Pascual Fernández Padrón "Resumen", "Méjico"
152	León Trotsky y Stalin, "Tesis"
153	Gesell-Troyer, "Jain", 1908
155	Molinier, "Movimiento Socialista de Cataluña"
156	"Documento de trabajo y legislación Socialista-Franquista"
157	Quintana de Pez, 1925
158	A. Gómez, "La política y la clase obrera", 1921

